

C  
A  
U  
C  
U  
S



REVISTA MENSUAL

1938

16

editores:

Francisco Montero Galvache  
José M.<sup>a</sup> Hernández-Rubio  
Pedro Montero Galvache

# INDICE

NUESTRA NORMA	Editorial
EN TORNO AL GOBIERNO NACIONAL	Enrique de Atarfe
ADIOS A GABRIELLE D'ANNUNZIO	M. Gárrón Gallego
GLOSANDO A CHARLES MAURRÁS	Pedro Montero Galvache
RIFFIEN	Juan Miranda
SANTA MARIA, VARADA	Francisco Gómez de Travededo
LAS PROFECÍAS CUMPLIDAS	Alejandro Echaide
NUESTRA PÁGINA DE HONOR: LA GAITA Y LA LIRA	José Antonio
CÁNTICO DE CASTILLA: ESTAMPA DE S. JUAN DE LA CRUZ	José de las Cuevas
MENSAJE A LOS POETAS DE LA	
REVOLUCION NACIONAL	Rafael Manzano y Jesús Arcensio
PUESTA DE SOL	Luis Pérez Solero
ISABEL DE CASTILLA	Francisco Montero Galvache
LOS POETAS DE «CAUCES»: OLÍAS DEL REY, O SANTO Y SEÑA DEL ALBA	Adriano del Valle
A MARTÍNEZ MONTAÑES	F. de los Ríos y de Guzmán
ORACION	Miguel Martínez del Cerro
ROTATIVA / POEMA	Julio Estefanía
LOS GALLOS EN EL «POEMA DEL CID»	Pedro Pérez Clotet
LORD KELISN Y YO	J. M.
ORIENTACIONES CATÓLICAS: STO. TOMÁS DE AQUINO	Teodoro Molina Escribano
SENTIDO HEROICO Y MISIONERO DE LA MUJER ESPAÑOLA	Luis de Barja
«EL OTOÑO DEL POETA» / NOVELA / (CONTINUACIÓN)	Pedro Montero Galvache
CINE / PRIMEROS PLANOS	A. Santos
BIBLIOGRAFÍA	

*Fotos de Paniagua • Ilustraciones de Miranda y Jiménez.*

*Fotografados:*

*Talleres de la C. N. de S. Fernando • F. E. de Sevilla • Foto Castilla*

**Compañía General  
de Vidrierías Españolas**  
(S. A.)

**Domicilio Social: BILBAO (España)**

**Fábrica de Vidrios planos y Botellas  
Hornos Siemens  
para Fabricación a Boca**

**Direcciones: Telegráfica y Telefónica**

**FÁBRICA BOTELLAS  
APARTADO DE CORREOS, NUM. 4.  
TELÉFONOS: 1977 y 1978  
Jerez de la Frontera**

**Hijos de J. Barrera**  
(S. A.)



**PESQUERIAS  
VIGUESAS**



**Sucursal de Algeciras**

**OSBORNE Y C.<sup>A</sup>**



**VINOS**

**Y**

**COÑAC**



**CASA FUNDADA EN 1772**

**PUERTO DE SANTA MARIA**

**Anuncios "KIKI" - Plaza Catedral, 11 - Cádiz**

Ayuntamiento de Madrid

Manufacturas de Corcho  
**ARMSTRONG,**  
(S. A.)

**EXPORTADORES**  
de Corcho en planchas  
Desperdicios y Bornizos

**Fabricantes de todos los Artículos**  
**DE CORCHO**

Oficina Central:  
**SEVILLA**  
Teléfono 22.820

Sucursal:  
**ALGECIRAS**  
Teléfono 115

**Diego González Guzmán**

Consignatario de Buques

**Agente de Aduanas**  
**y Transportes**

**DIRECCIÓN TELEGRÁFICA:**  
**DIGUZMÁN**  
**ALGECIRAS**

**“La Valenciana”**

**FABRICA DE CONSERVAS DE PESCADOS**

**BARTOLOMÉ GALIANA**

ESPECIALIDAD EN ATUN EN ACEITE Y ESCABECHE

**Teléfono 43. TARIFA (Cádiz)**

**GARVEY**

**Jerez - Coñac**

Casa Fundada el año 1780

**Anuncios “KIKI” - Teléfono núm. 2590 - Cádiz**

Ayuntamiento de Madrid

# NUESTRA NORMA

Nacimos a la vida del público, allá por los tiempos difíciles de la indiferencia para los problemas del espíritu: a solas con la fuerza de una ilusión alta y alegre, a solas con la esperanza de una próxima vida, no más fácil y llana, sino más erecta hacia el sol, más llena del sabor de las cosas divinas.

Y así, por concesión del Señor, al filo casi de los dos años de vida, de labor incansable, de tarea misionera, «CAUCES» recibe las bendiciones mejores que sobre sus páginas pudieran esparcirse: la gracia de las mejores plumas, la alegría de los espíritus nuevos y exactos, que han visto, día por día, letra por letra, cómo aquel inolvidable LEMA de nuestra salida, se ha cumplido a lo largo de toda su lucha y de toda su dificultad.

Pero había necesariamente que ampliar el terreno, porque la siembra se ha ido haciendo mayor y la cosecha más granada. Salimos al sol, y la luz del campo casi nos cegó la mirada, porque los primeros poemas se abrieron, jugosos, en la sombra de una Patria herida en lo más hondo de su alma, y a los diecisiete días de nuestro natalicio, el grito del viento de Africa nos trajo al corazón una gloria y una fecha: Franco: 18 de Julio de 1936.

Ya entonces teníamos el campo abierto y la empresa en trance de conquista. Y del agua de la Cruzada, ungimos nuestras manos y nuestra fe, para que Dios iluminase estas vidas nuestras que sólo buscaban, a través de todas las durezas de la tierra, su rayo de sol y su paz de altura.

En este santo seguimiento de la guerra española, reivindicadora de nuestros siglos de inmortalidad y de conquistas, los cauces de esta tierra de labor y de poesía, han sentido la física tensión del esfuerzo amplio, para llevar, bajo el sol y las banderas, todo el torrente de agua clarísima que, como una bendición de las estrellas, nos ha descendido a la frente.

Ahora abrimos los brazos, en la quieta meditación de nuestra hora fija y universal, de nuestra hora latina, en que los hombres del Caudillo han mostrado al mundo cómo se salva del abismo una civilización y cómo se encienden bajo el sol los símbolos eternos de la misión de un pueblo—la Espada y la Cruz—que había contemplado, a solas en la noche, la vigilia de los ángeles custodios, en la puerta dorada del Paraíso.

Y abrimos los brazos, para clavarlos en el aire, con las manos llagadas de fe, sobre la cruz de nuestro intento español y literario. Y a nuestras almas, vigilantes de esta empresa lírica, vendrán ahora todos los poetas de España, todos los artistas, a sentir con nosotros y a pedir a Dios que mantenga con rigidez de disciplina, nuestra fe y nuestra alegría de servicio. Porque así cumpliremos en la tierra la misión que, por designio especial, ha concedido a nuestra Patria.

\* \* \*

Y tendemos a todos nuestro abrazo, ofreciéndoles, para la devoción y el fervor de sus almas, estas páginas de Literatura, de ambiente rectilíneo de Cruzada, de canto épico, de norma religiosa, con la misma exactitud con que en Junio de 1936 decíamos: «Ha sido un desear».

Y porque así de alto y espléndido era el deseo, al llegar la realidad vibrante de esta hora, damos sentido de amplitud y de orientaciones externas, al cauce sereno y limpio de nuestra primera obra, fundiéndolo con estos cauces de ahora, que tienen la hondura de la siembra hecha y el contorno rotundo y eterno de nuestras vidas: firmemente unidas, para cantar a un tiempo, el esfuerzo y la gloria de esta genial sembradura de los héroes de la que ha de brotar un día el pan y la sangre del Futuro, hecho ansia y conquista en la carne de nuestros brazos y en la vigilia de nuestra mirada. Será entonces, apretados en haz con las flechas puntiagudas de los cinco sentidos en la Historia, cuando cantará, bajo la noche alta y celeste, de pie sobre los llanos y los montes, la emoción de los brazos alzados en señal de júbilo y trofeo, hacia la exacta y firme formación de las estrellas de Cristo.



# EN TORNO al Gobierno Nacional

Enrique  
de  
Atarfe

Yugos y flechas, águilas y augurios, asistieron a la Jura, ante Dios y el Caudillo, de los ministros de la España Nacional-Sindicalista.

Cuando pasen años, y esta hoguera inmensa de la Fe en que la Patria consume sus culpas, sea tan sólo un resplandor dorado en el horizonte de la Historia, los súbditos felices de la España tradicional, teológica y misionera. —otra vez realidad magnífica porque así lo ha querido la Voluntad de Dios y de Franco—podrán decir, ante el asombro de la generación nueva: «Nosotros vimos la resurrección de la Patria; nosotros vimos, mudos de sorpresa y de anhelos, sobre el fondo romano y ecuménico de la liturgia de la Iglesia, el Evangelio abierto, y la mano extendida de Franco, elegido de Dios, aceptando el juramento de los ministros, en el nombre sagrado de España, para bien de una Civilización en peligro y para certidumbre absoluta del retorno al Imperio...»

Así dirán a las generaciones nuevas, los súbditos felices, a quienes Franco, el Caudillo, salvó para siempre de los horrores, de la humillación y el ludibrio de la Revolución cosmopolita.

Y yo, desde ahora, digo: «Fué una de las jornadas más fecundas y prometedoras de la Guerra Santa. Y el alma de Castilla se llenó de júbilo, y se ungió de una blancura teologal, como sus campos en las vísperas del divino Natalicio. Y esta blancura y este júbilo, llegaron a lo más hondo del corazón de Castilla; hasta las entrañas de los conventos que oyeron

la risa y los suspiros de Teresa la Andariega, y los místicos deliquios de San Juan de la Cruz; hasta el fondo de las casonas solariegas que amaron los descubridores y los Capitanes; hasta las piedras y la arena de los caminos polvorientos que abrieron los Reyes de la Unidad religiosa, social y política. Y Castilla no se alborozó en vano... Gran señora, sabe componer sus ímpetus, y moderar sus afanes y vestir su impaciencia y su gozo con el hábito de una impecable, grave y elegante corrección. Pero esta vez dió a su alegría sonoridades de bronces y bandear de promesas en días de nupcias, porque este Gobierno Nacional que el Caudillo le da, es la conformidad exacta con el pasado y la seguridad de la fusión que ha de garantizar el porvenir.

Junto al ímpetu arrollador de la Falange germinal, el misticismo combativo y la lealtad insobornable del viejo carlismo. Junto a la firmeza de los caballeros que sirvieron, en la soledad del destierro, en la amargura de la persecución, a la que un día fué dinastía liberal, la juventud y el españolismo de los que nunca siguieron banderas políticas.

Toda España, hecha una sola voluntad y un único brazo, al servicio del Caudillo. Y el Caudillo al servicio de Dios.

Esta es la Patria, éste el Gobierno Nacional, y éste, el Caudillo. ¡Ay del que guarde, siquiera sea en el último repliegue del corazón, la más leve sombra que pueda dificultar la obra decretada por Dios!...

**Voz del CAUDILLO:** Queremos una España, una e indivisible, bajo la égida de un Gobierno fuerte, con alto sentido de la justicia social, por lo que ni un solo hogar español, deje de tener lumbré, ni un solo trabajador español, esté sin pan.

# Adios a Gabrielle D'Annunzio

¡Qué silencio ha invadido los jardines fantásticos de tu palacio!

¿Dónde fuíste, Gabrielle D'Annunzio, que las fuentes no cantan y los lirios delicados de tu jardín se marchitan, en un marco de ensueño, cubiertos de ceniza?

La juventud italiana ha trazado una pauta anhelante de dolor a lo largo de sus canciones, no saben reír ni ayer ni hoy ante la ingrata nueva de tu partida. ¡Me dá miedo llamarle muerte!

Há tiempo que desapareció también la imagen de un bergantín gallardo sobre el mar Adriático y el perfil sonoro de unas alas de acero en el cielo inquietante de la pesadilla del 14.

Cerca de tu cuna está el mensaje de la Audacia a los poetas hueros del floreo, de la chalina y de los rostros pálidos de vírgenes napolitanas.

Otros mensajes lo siguieron, el de la Pasión en Fiume, el de la Exaltación, cuando el nacimiento del nuevo Imperio, el de la Fantasía, también, allá en la mansión regia de Gardona, y por último el mensaje a tu Duce vencedor en Abisinia contra el Bárbaro y a pesar del círculo encendido de las sanciones que supistéis romper. Entonces recordásteis ¡primer camisa negra de la Italia a las jóvenes desposadas entregando sus arras, como las doncellas del Imperio Madre ofrendaban su virginidad en holocausto de los Dioses.

Hay que mirar el Sol de Italia y calentar el frío astuto que se nos cuela en el alma sin sentir, con la reflexión.

Sí, es frágil una mascarilla de yeso, tu Duce lo sabe; Minervi—que lloró sacándola, hasta escocerle los ojos—tampoco lo ignora, pero ¡no importa!, hay mármoles soberbios en Carrara y escultores alumnos de Fidia el Incomparable.

Porque en el sillón presidencial de la Real Academia Italiana, deberá estar presidiendo tu busto colosal, coronado de laurel y mirto.

Te has ido desde la trinchera laboriosa de tu estudio hasta el Olimpo feliz e ignoto de los Elejidos con una pena, ansias mejor, de un deseo que anegaba tu alma legionaria: luchar con el «caza» más joven en este cielo incomparable de España, más tu cuerpo maltrecho, el ojo vacío en nombre de la Patria italiana te lo impedían.

No llegastes a decirlo al Mundo, sin embargo sabremos asegurar siempre que por eso pedistes para el vuelo sin retorno ni dimensiones, un uniforme de Aviación.

Gabrielle D'Annunzio no podía venir, se acercaba al final con setenta y cinco primaveras, vividas intensamente al calor de la Estética, pero en su lugar vinieron los jóvenes y él se estremeció de júbilo desatado, casi tan grande como nuestra satisfacción única al leer el saludo que con honores de legislación imperial publicaba interesante Revista italiana, últimos rasgos imborrables de su pluma encantada:

«Guardate il passo delle nostre legioni nel raggiungere il limite della lotta è la mèta prefissa: ha una spiritualità indicibile che meraviglia chi lo guarda: è il passo dell' uomo impaziente di offrire o di creare. Di contro ad un mondo falvo di barbarie, di contro a una Europa imbarbarita, ci basta di aver rivendicato e di voler sempre rivendicare *il gentil sangue latino*».

¿Porqué te has ido Gabrielle D'Annunzio? Después de ésto se nos ha quedado en el paladar un amargo sabor a lágrimas que tú solo puedes borrar.

Parece como si nubes negras llovieran delante de los ojos la lluvia cansina y espesa de la nostalgia, una tarde sin colores.

Como si acabáramos de leer bajo las ramas del otoño, el Prometeo Encadenado.

Una sensación extraña e irresistible que nos atosiga el corazón de pena y desconsuelo.

¡Qué vamos a hacerle!, la muerte te llevó una noche joven, mientras honraba toda una vida sobre las cuartillas blancas allá en el Palacio mejor de la Riviera, en tu palacio.

Y no una, sino las siete colinas de Roma deberían juntarse para recoger tus huesos, como recogerá tu recuerdo la juventud soñadora del Mundo.

¡Hasta la Eternidad, Maestro Gabriel! Adiós.

M. Garzón Gallego

En el Campo ::  
(Foto Paniagua)

Ayuntamiento de Madrid



g  
|  
o  
s  
a  
n  
d  
o  
a  
c  
h  
a  
r  
|  
e  
s  
m  
a  
u  
r  
r  
á  
s

En *L'Acción Francaise*, Charles Maurrás, — realidad evidente y consoladora para la Francia que no quiere morir—comentando la trascendencia del Pacto anti-comunista, que une, en un solo haz de voluntades, de sacrificios y de anhelos, a Italia, Alemania y Japón, ha hecho esta afirmación, desconcertante a primera vista: «El bolchevismo... es en el fondo, enemigo de sus aliados y aliado de sus enemigos».

Nadie mejor que el definidor del integrismo francés, puede sostener, victoriosamente esta verdad, sólo en apariencias paradójica. Porque Maurrás, debelador incansable de la III República, desde las columnas de la prensa, desde las páginas de la novela y las obras filosófico-políticas, desde la gloria y el afán de la tribuna, al combatir, siempre de frente y a pecho descubierto, todas las culpables tolerancias del liberalismo, ha podido medir, magníficamente, la hondura y la amplitud del duelo formidable entablado entre la Revolución y los defensores de los valores eternos del espíritu, desde que D'Annunzio lanzó a todas las latitudes del mundo civilizado, su grito revolucionario y salvador: O Fiume, o muerte!

¡Fiume, que no era entonces, únicamente, un pedazo más del cuerpo desgarrado de Italia irredenta, si no el Símbolo y el Arcano, de una meta codiciada y difícil, que era preciso conquistar, con entusiasmos delirantes de muchedumbres iluminadas, con armonías de versos geniales, con recio tronar de cañones, con apretados abrazos, llenos de temblorosa y divina ternura.

Así se adueñó Mussolini para siempre, de la Roma Imperial y Augusta; así Hitler, fundió en un único anhelo de perfeccionamiento y redención, los afanes y las rebeldías de los pueblos alemanes que se negaban a morir; así Franco, Caudillo elegido de Dios, hunde su brazo en la costra de prejuicios que deformaba el Ser de España, y muestra, a las multitudes españolas y a las razas extrañas,—que asisten, en una expectación gigante, al desenlace de nuestra Cruzada—el corazón dolorido de la Patria, otra vez ungido de las virtudes señeras de la Romanidad y el Imperio ¡Las viejas virtudes, que florecieron, como rosas de pasión, en nuestros mejores días católicos y telúricos!

Así también, cuando Dios lo quiera, el hombre providencial, designado, desde toda la Eternidad por Dios mismo, consumará, entre milagros y asombros de las torpes naciones democráticas, la bella tarea de la restauración de Francia.

Entretanto, Maurrás, fiel a la misión de la intelectualidad en esta hora de clamor y de inquietud, consciente de su responsabilidad histórica—¿acaso, Dios mío, esta consciencia de la propia responsabilidad, de la personal misión recibida de lo Alto, no es ya la más rotunda muestra, el más claro signo de elección celestial, que a un hombre concedes Tú?—no conoce el cansancio, en su labor de siembra y de alarma.

Alarma, con sus gritos de alerta y sus amenazas proféticas, al pueblo francés, hoy esclavo de un Frente Popular, tan malvado y casi tan ciego como el que nosotros padecemos; y siembra, en la noche oscura de las claudicaciones de su Patria, la semilla que ha de florecer, fatalmente, cuando lo quiera la Voluntad de Dios.

De Francia, de donde tantas veces llegaron a nosotros, los fulgores satánicos de las libertades de perdición, nos viene ahora, la voz serena y magnífica, de una de las más ilustres víctimas de la Revolución cosmopolita: «El bolchevismo... es en el fondo, enemigo de sus aliados y aliado de sus enemigos».

Mucho ha de saber Maurrás de esta verdad, casi desconcertante, a primera vista. Porque a las persecuciones de los tiranos enfermizos de Amsterdam y Moscú, debe el sostenedor de *L'Acción Francaise* gran parte de su consagración.

Mucho también, sabemos nosotros de esa afirmación, porque al odio y a la zafiedad, a la ceguera y a la torpeza de aquellas figuras siniestras que ensombrecieron la vida de España en los años nefandos, debemos, en gran parte, el estallido de esta Guerra de Salvación.

Y es, que en el alma latina, dormían, latentes, las virtudes aceradas que nos dieron los más perdurables imperios de la historia. Bastó, por eso, que la fiera nos hiciera sentir su zarpazo, para que el alma desencadenara sus ímpetus, y tornaran a cantar, sobre el duro calvario de la república antinacional y anti-humana, los pájaros de antaño.

pedro monterogalvache

En el Campo  
(Foto Panique)

ALEMANIA.—Altos mandos del Reich y artistas de la nueva Alemania, durante una cuestación del "Auxilio de Invierno".

## Riffien

por JUAN MIRANDA

A José Luis Almagro, presencia indirecta en mi afán.



Cae la nieve, lenta. Lejos, ladran los fusiles, colgados de las cumbres enhiestas. Un aire suspenso, cristalino, casi misterioso. Nieva. Nieva. Nieva. Cloqueos de ametralladoras. Son checoslovacas. ¡Ah, Checoslavaquia, país de leyenda y de cartabón donde no se lee a Tanchuitz! (Y apropósito... ¿porqué en todas las masacres se tiende la mano a un volumen de Tanchnitz?). Que lo diga mister Alaous Euxley.

Pero a esta hora también suelen cogerse por la radio los bailables del «Lido», ya con voz alta de noche. Y luego, evocaciones: Roma, La Via Margutta, estudios, desnudos, crisantemos, César... César González-Ruano, por supuesto, alado, brillante...

También el ¡Aquí, Radio Sevilla! Que es «allí», en la retaguardia hogareña, bajo el reloj familiar, jugando al fútbol con la pelota del tiempo y del silencio.

\* \* \*

A la orden de usted, camarada Alférez..., y nieva, nieva. Qué extraña nuestra vida «aquella», y, por lejana, qué cercana también. Allí nos dejamos la sonrisa a dos vertientes, los billares, los bisontes, tal cual novelita muy dudosa y muy... Algunos, a medio abrir, su Historia del Arte, su Pedagogía, su Procesal, su Analítica, su Anatómica.

Ejemplo: (igual que en las matemáticas):

«Una construcción aérea, casi de ensueño, Una subordinación absoluta a un fin primordial y esencial: la belleza. Sin olvidar una cualidad medieval: la fortaleza, que en el gótico...»

Bueno. Ahora, el relevo. El pequeño golpe de mano, al filo de la uña. Y quedábamos que en el gótico... Ametralladoras. Nieva, lentamente.

\* \* \*

Una habitación cualquiera. Pecera para los peces huidizos y tenaces del desaliento imposible. Unos libros, suicidados a la luz de una lámpara de mesa. Inciso: (El Decano ha clausurado la Facultad).

Luego, la calle. Una gran población pasto y campamento de la horda. Sindicatos. De Artes blancas, de la Edificación, de Ferrocarriles, de... Todos con sus pistolitas en el bolsillo. Baratas, pero que no marran...

\* \* \*

¡Han matado a Matías Montero! ¿Y no te estremeces, ciudad?

¿No os espantáis, transeúntes bobalicones, que buscáis para la niña una pulsera de cumpleaños?

¿No tembláis, espectadores ingenuos de los besos de goma de la Garbo?

El primer Alférez ha muerto. El primer uniforme civil, alma exacta del Alférez del Imperio. La primera estrella rutilante. El primer lábaro inquieto de intenciones de Gloria. El primer cursillista. El primer asalto a los parapetos asfaltados de la Gran Vía. Con las explosiones marciales de *Fe*, de *Haz*, de *Arriba*, primeros periódicos del Nacional Sindicalismo. ¡Matías Montero ha muerto! ¡Matías Montero ha saltado, de un brinco celeste, a las estrellas!

¡Esto sí que no es un film Radio, naturalmente... ciudad!

\* \* \*

Ahora, bien abiertas a la Hora española, no precisamente raveliana, las cátedras nuevas del valor y la energía. Y del sacrificio, claro está. Libros magníficos, esa paramera incendiada de Castilla, esos hogares norteños, esos bosques y esas costas ululantes. ¡Caminos de cabalgata y de singladura, zarabanda de estrellas victoriosas, rutas del sur, orilladas por la música de cámara de los grillos cantores! Convoyes silenciosos en el aire ardiente del levante. Y a lo lejos, África, África del día, que es como decir, lentamente, heroicamente: Riffien.

\* \* \*

Estudiantes, obreros, empleados, aristócratas, escritores, todos. Todos.

Todos como un sólo hombre, como una sola voz. ¡A tu orden, España! ¡Sacrificio a tu orden! ¡A tu orden, muerte altísima!

Y hay ya como un temblor extraño en los muros nazaritas, en las chumberas polvorientas que les vieron partir. Un desmayo de sol y de agua en calma moribunda.

# "Santa María" varada

● Francisco  
Gómez de Travecedo

Tenía la quilla al sol y los costados negros, florecidos de un musgo verde y suave donde crecían las margaritas como botones de oro.

Era una barca ancha y grande que los hombres destinaron para la pesca, hasta que un día la sacaron del agua para no volver a utilizarla más.

Estando nueva la madera, ágil el timón y tensos los cordeles, nadie se explica por qué la jubilaron.

Se había paseado por todas las rutas, había soportado marejadas duras y temporales fuertes, pero todavía podía resistir muchas más. Amaba el peligro y le gustaba afrontarlo. En el horror de una galerna, manejada por un timonel hábil, se sentía feliz.

Frente a todas sus compañeras de faena, en el honor intacto y profundo de las cosas, «Santa María», llevaba sobre toda su flotilla pesquera, la gallardía de no haber vuelto nunca la espalda al peligro.

Salía las noches en calma, las noches serenas del Mediterráneo constelado de estrellas, y no regresaba nunca hasta la madrugada siguiente.

Si le acompañaba la suerte, en el fondo de la cala las redes traían un magnífico cargamento de plata.

Cuando le sorprendía una borrasca, la afrontaba sin demasiado temor; en un gesto prócer, desdénso y sereno, con aquel aire de elegante superioridad que le había creado en la dársena, un ambiente de apasionada antipatía fronterizo con el más perfecto estilo de la envidia.

Potente el casco, el motor y la arboladura, nadie se explica por qué la habían sacado del agua; pero es lo cierto que llevaba muchos años así, encallada en aquel mismo sitio.

En virtud de no sé que orden, unos hombres la alzaron del mar para llevársela al varadero; esto fué lo que se les dijo, pero no lo hicieron. Una pereza árabe, fabulosa, mediterránea, les hizo desistir del propósito y vacilar en mitad del trayecto.

La dejaron en un camino al borde de la playa; ángulo de luz y sol. Tocando por un extremo el mar y recibiendo por el otro la caricia olorosa de la hierba. Disputándose los dos elementos—agua y tierra—en una lucha cósmica y desesperada, donde se ponían en juego resortes de una íntima razón, que no sería nunca la razón fácil de aquellos hombres morenos, que tiraban las redes por la borda.

Tajamar de terciopelo negro al costado de lucecitas verdes. «Santa María» mártir de sequedad infinita, «Santa María» varada.

\* \* \*

En el suplicio de esta lucha interna, en la raya indecisa de la duda: algas o arena, movimiento o reposo, lirio o delfines, agua o tomillo; verde, de mar o verde de palmeras, «Santa María» vacilaba, dejándose ganar lentamente por aquella voluntad de pereza que emanaba de las cosas a través de los hombres, y sobre todo por el sol; por aquel sol recio, bereber, africano a cuyos besos largos iba poco a poco entregando su ser, presa en la erótica y dorada cadena, de aquella boca enorme de los cielos ibéricos, cuyos labios eran las tiendas de los beduinos, calientes de cien mil noches de Desierto.

Y en este trance angustioso, en esta sutil lucha entre el marfil de las conchas y el oro de las margaritas; yodo y arcilla, sabor de playa y aliento de sementera, fué cuando descubrí a «Santa María» y la ví por primera vez.

La había mirado muchas veces antes, a diario en los caminos de ir y venir, pero entonces las pupilas resbalando con indiferencia sobre el casco, no habían pasado de la inquisición vulgar de su registro en la Comandancia de Marina: «Santa María». Letra A, Folio cuarto.

Ahora, calando más hondo, había descubierto un símbolo en aquella barca inmóvil en la encrucijada de dos caminos.

«Santa María», era la voluntad que no acierta a decidirse, el tímido que vacila en mitad de la ruta. En resumen, el hombre que no sabe que hacer.

A través de aquellas tablas, en lo alto y en lo bajo de aquellas maderas que se pudrían al sol, había un alma; es decir un secreto, una angustia y una sensibilidad.

Alabé a Dios por este descubrimiento y me abracé a sus costados, con la santa y ardiente alegría de quien estrecha a un hermano.

«Santa María» y yo, estábamos solos ante la risa y la fuerza del mundo. Teníamos que buscarnos y coincidir.

Logrado el encuentro, lo demás vino solo. Dando un rodeo a la gramática, tendré que decir que congeniamos enseguida. Nos hicimos amigos. ¿Se dice ahora así? Bien, pues nos hicimos amigos, y desde aquel día, he ido todas, todas las mañanas al costado de sus tablas al aire; a contarle y a que ella me cuente, a charlar silenciosamente a orillas del Mediterráneo tendido.

Las palabras no *importan*, que veintisiete signos del alfabeto no bastan para todas las emociones del alma.

Callando se siente hasta el hálito de la respiración, y a veces en el éxtasis de los labios cerrados anda la clave de la más profunda y exacta de las conversaciones.

\* \* \*

Iniciada aquella extraña amistad, ni una sola mañana dejé de acudir a la cita. «Santa María», me hablaba de sus luchas, de sus razones, de sus angustias; de aquella intensa emoción de sentirse salpicada por la pleamar, las noches en que la bahía silenciosa le mordía en los recuerdos con collares de marfiles de espumas.

Yo, trenzaba sus confidencias, con íntimas revelaciones que me estaban vedadas fuera de aquel sitio. Me gustaba ofrecerme ante sus ojos, desnudo en la entraña de la psicología, sin máscara, sin prejuicios, sin actitudes falsas: tímido, fracasado, imperfecto, tal como era.

El mundo me veía de otra forma; en lo externo, en lo fácil, en la epidermis, a través de la «pose» y actitud que yo me había trazado a despecho de mi carácter, en una magnífica batalla de nervios, que la voluntad había ganado a la fisiología misma.

Las gentes me veían muy distinto, sólo «Santa María» varada, tenía el perfil auténtico, sólo ella sabía la clave de muchas actitudes raras. Sólo ella poseía de mi vida el secreto de la última dimensión.

Y nunca tuve que arrepentirme de nada.

«Santa María», barca y cofre cerrado, llegó a ser para mi corazón, un eco de aquella vida íntima que me arrastraba al mal, por pendientes de cobardías infinitas.

—¿Tú, me comprendes?

—Sí.

Y aquel «sí» de la madera era para mi pobre y rota voluntad, la justificación de todas las claudicaciones.

\* \* \*

Una mañana, «Santa María» varada, me ofreció la sorpresa de sus entrañas henchidas, donde brillaba el milagro de una fecundidad gloriosa.

En el fondo de la madera, entre el esqueleto de las tablas que fingían vértebras, había nacido alto y airoso como una espada, un lirio que abría su caliz de púrpura a los cielos azules e intactos del Mediterráneo.

Aquello era la renuncia al mar, por el abrazo caliente de la tierra. La habían ganado definitivamente, el tomillo y la flor, las mariposas blancas y las margaritas de oro. «Santa María», varada, no cambiaría ya nunca, el topacio de la arena por la esmeralda de la hierba fina, ni el beso de las espumas por el aliento de la sementera. Era para siempre de la huerta húmeda y de la carretera seca. Era de los prados y de las viñas, del monte y del barranco, de la plata de los álamos y del verde de los olivos. Era del ganado y del arroyo claro; era de las abejas y de los molinos.

Era Tierra sobre todas las cosas, y como tierra nuestra, más dulce, más exacta, más humana.

—¿Tú apruebas?—me preguntó la barca.

Tuve la cobardía inmensa de decirle que sí.

\* \* \*

El 18 de Julio nos separó una raya de pólvora y gloria en la mejor página de la Historia de España. La guerra puso entre nuestras diarias visitas, la reja de plata de una fila de bayonetas de Imperio.

Ya no me era posible como antes acudir a las playas.

Tenía ante mis ojos militarizados otro clima y otra geografía. Algeciras quedaba a muchos kilómetros de distancia; a tantos que pensar en el diálogo con «Santa María» era como soñar con la Luna, hecha eucaristía de marfil en el cristal de un arroyo.

Sólo había por caminos de sangre, un modo y un medio decoroso de justificar el regreso. Y ese medio en la boca sinestra de un fusil, no podía ser más que una dentellada de plomo.

Lo hirieron en un relevo de guardia, sin saber cómo; de una forma tan simple, tan apagada y tan sencilla que él mismo no acabó de enterarse del todo, hasta que el caquí de la guerrera se le tiñó de escarlata; coral en los bordes de aquella herida negra y honda que sangraba rubíes.

El resto, ni siquiera puede llamarse literatura.

Badajoz-Algeciras en un tren hospital.

Por el cristal de las ventanillas entra el aire salado de la costa, impregnado de efluvios de las playas.

Cal blanca, arena fina; las palmeras.

En un claro de luna, su barca rediviva: «Santa María» varada, «Santa María» del mar.

¿Lo tendría en la memoria?

\* \* \*

En cuanto pudo lo primero que hizo fué bajar a la arena; mejor dicho, a la raya de flores y arena donde estaba «Santa María», varada.

Con gran asombro suyo la barca no se encontraba allí, flotaba en el agua; la habían lanzado otra vez a las faenas del mar, y allí estaba con su casco recién pintado, nuevecito, y las redes secándose por la borda.

No le importaba la humedad en los pies.

Se acercó a la barca y la abrazó: «Santa María», ¿cómo ha sido?

Sintió estremecerse el casco en un afán sin lágrimas y que la barca lloraba.

Arriba en la cubierta, indiferentes a este drama de sensibilidad enfermiza unos marinos recios, saludaban al toque de oración brazo en alto. Y aquel signo de la nueva Era, lo explicaba ya todo.

«Santa María» varada, era el símbolo derrotista de la pereza que se quería vencer. Era la postura estática, fabulosa y cobarde de un pueblo que se tumba de espalda en la arena de una indiferencia suicida.

Había que sacudir el marasmo, excitar la ambición, poner de pie en afanes verticales de gloria las mejores energías de una raza, y para eso era preciso vencer a la horizontal que nos estaba ganando.

Era imprescindible a toda costa sacudir las fibras de una historia de oro y despertar a la nación con un grito, sobrio, viril y enérgico: ¡Levántate, España, Arriba!

Arriba por todos los caminos: arriba por el aire y por los campos; arriba por el monte y la llanura; arriba por los ríos y por las minas, y por el Mar también.

¿Lo entiendes tú, «Santa María»?

Anda, ve al mar y sigue tu camino. El mar es tu gloria, tu calvario, tu signo; para el mar te construyeron y sin él no existirías siquiera. Compréndelo, en tí la tierra era una cobardía; allí eras leña muerta, nido de polvo, madera seca: cosa inútil.

Aquí en el agua, en lo tuyo, en tu elemento, tienes la excelsa misión de un servicio: trabajos y jornales. Altar y plegaria a los que llevas y a los que te esperan. El pan nuestro de todos los que lo ganan. El Pan nuestro de cada día.

¿Comprendes? Cruz y raya en el egoísmo.

Es necesario empezar de nuevo. Hay que vivir una vida dura, profunda y limpia. A mí ya me faltan las fuerzas, pero tú puedes, «Santa María», tú sí puedes.

Tu mismo nombre al costado del viento es un pregón glorioso de carabelas heráldicas. No reniegues, pues, nunca más de tu sino, ni de tí misma.

He aquí mi último consejo. Vuelve al mar y vuelve contenta. Y si algún día consigues ver a Jesús en la infinita serenidad de las aguas, pídele por los tímidos, por los cobardes, por los vencidos, por los que no llegan, por los que se quedan en el camino de la mitad de las cosas. Por nosotros también, «Santa María» varada, que nos está haciendo a los dos mucha falta, a tí y a mí que Dios nos perdone.

PUERTO DE SANTA MARÍA



BERLÍN.-Sobre el fondo severo y suntuoso de la liturgia Nacional Socialista, se han celebrado funerales por el alma del glorioso Mariscal, Ludendorff.

# LAS PROFECIAS CUMPLIDAS

Por Alejandro ECHAIDE ●

Todo lo que tiene un poder de influencia espiritual, casi mística, en la vida de los pueblos, ofrece, para su realización última, dos aspectos: la anunciación, la primera palabra que dice, a través del tiempo, el clamor y el aliento vivo y palpitante de una gesta, de un suceso que ocurrirá, en su día, por obra y gracia de la asistencia de Dios. El otro aspecto, el momento exacto en que a los ojos de los hombres se ofrece lo anunciado, en perfecta identidad de palabras y de hechos: es decir, que casi siempre, en la vida de los pueblos, dentro de las oscuridades de las luchas y de los sistemas, surge, en llama de profecía, la voz fuerte y viva que redime a la eterna sustancia, sobre la que Dios moldeará su designio de salvación y de norma.

A esta profecía sigue, para enseñanza perdurable, la realidad de los hechos, ya consumados en la claridad exacta y limpia de las horas nuevas.

\* \* \*

JOSE ANTONIO sintió de cerca, sobre su misma vida, el error de nuestra marcha nacional y política, la falta de sustantividades eternas frente al mundo, el abandono de las empresas seculares, la renuncia a todo cuanto era nuestra obra y nuestro sitio en la Historia.

Lo sintió todo, con aquella viveza fecunda de sus ojos, fuentes inagotables de verdad para los que ciegos a todo nuestro viejo ambiente, no quisieron ver la realidad triste de aquella dura época de martirio, de secretas misiones extranjeras y negativas, atentatorias de la integridad de nuestra Patria: como Nación y como unidad en el destino común de las naciones.

Y lanzó su palabra: ungida del viento castellano que dora los trigos y canta, lúgubre, en las llanuras sin troncos, el hielo y el frío, con la dura ceniza de los inviernos. ¡Aquella excelsa palabra, peregrina de todas las verdades, que amó a los pueblos y a los hombres con amor de renunciaciones humanas! ¡Aquella solemne palabra suya, altiva y para el pueblo, señorial y guerrera, poética y plena de realidades inmediatas, como un río de luz desbordado de sus cauces, como una llama de fuego, como esa infinita poesía que, a fuerza de sentirse vivir, no puede sintetizarse en la forma del verso y de la música!

JOSE ANTONIO, precursor de la Cruzada, lanzó su palabra contra el frío de Madrid: y dijo que «sentía el amanecer en la alegría de las entrañas». Lo sentía casi como un alumbramiento difícil, porque «difícil y erecto quería el paraíso del triunfo».

En la Gloria de las victorias últimas tendrían los héroes «ángeles con espadas». Y ya están coronándose las frentes, del más gallardo laurel de los triunfos. Y ya están llenándose de vida, los ojos de los caídos, sobre la quieta guardia, alzada, como una liturgia de cada noche, en las estrellas vigilantes.

JOSE ANTONIO quiso a España poéticamente, y poéticamente se ha ganado su cuerpo y se ha comulgado su sangre, su tierra: tierra eterna de mártires y de paladines heroicos, de soldados, evangelizadores y poetas. Y en torno a su figura, se unió—en yugo de cilicio—la juventud universitaria, sana, fuerte y deportiva, para cantar las estrofas primeras de «las banderas victoriosas» que si un día, en la sombra de una esquina asfaltada, envolvían el cuerpo tenso y firme de un seguidor de sus palabras, ahora vuelven, al paso de la paz, para que el aire las haga ondear en lo más alto de nuestros castillos y en lo más ancho de nuestros campos sembrados.

# CEREZO



## RESTAURANT

General Queipo de Llano (Junto a la Comandancia Militar)  
Teléfono, 335 - ALGECIRAS

# SILVESTRE

## M. APARICIO

### Gran Taller de Carrocerías

Villa Vieja, 16 y 18  
TELÉFONO, 147  
ALGECIRAS

## CAFÉ-BAR La Plata

Propietario: Francisco Borda Rodríguez  
EL MAS CÉNTRICO DE LA POBLACIÓN :: ESMERADO SERVICIO  
Algeciras (Cádiz)

## CORCHERA INTERNACIONAL

SOCIEDAD ANÓNIMA

Casa Central: SEVILLA

+ + Avenida Sánchez Pizjuán + +

— Apartado, 164 —

Sucursal de ALGECIRAS

Gerente: Don Cristóbal Benítez

— Hotel Garrido —

## Bernardo Sancho Rodríguez

### CAMIONES DE TRANSPORTES

DOCTOR PALOU, N.º 11  
PUERTO SANTA MARIA

## HOTEL LONDRES

RESTAURANT :: COCINA ESPAÑOLA  
— ESTACION DEL PUERTO —

PRECIO DEL  
CUBIERTO  
5  
PESETAS

ESTA CASA SE RECOMIENDA POR SI SOLA  
ALGECIRAS

## BANCO INTERNACIONAL DE INDUSTRIA Y COMERCIO

SUCURSAL PUERTO DE SANTA MARIA

## VINO DE LAS CINCO PERLAS

♦ ♦ ♦ A. QUIJANO ♦ ♦ ♦  
PUERTO DE SANTA MARIA

Anuncios "KIKI" - Apartado núm. 140 - Cádiz

**CORCHERA**

**ESPAÑOLA**

(S. A.)

Marca registrada

**EL DORADO**

**ALGECIRAS**

**"La Esperanza"**

Fábrica de Conservas de Pescado

**ESPECIALIDAD**

**EN**

**ATUN EN ACEITE**

PROPIETARIO:

**Rafael Utrera Martínez**

Teléfono, 45. - TARIFA (Cádiz)

Exportación a todos los países

**AGENCIA RAMOS**

CONSIGNATARIOS DE BUQUES

**COMISIONISTAS DE TRANSITO**

ALCÁZAR DE TOLEDO, núm. 6. - Teléfono 202

**ALGECIRAS**

**NUEVA INDUSTRIA JEREZANA**

Fábrica de Cápsulas y Tubos Metálicos **"SAN PEDRO"**

**CHACON Y COMPAÑIA**

Primera Fábrica Andaluza de Productos de Plomo y Estaño, montada con los adelantos más modernos de la técnica.

Fábrica y Oficinas: Méndez Núñez, núm. 8. - Teléfono, 1928

**Anuncios "KIKI" - Plaza Catedral, 11 - Cádiz**

NUESTRA  
PAGINA  
DE HONOR

# La Gaita y la Lira

¡Cómo tira de nosotros! Ningún aire nos parece tan fino como el de nuestra tierra; ningún césped más tierno que el suyo; ninguna música comparable a la de sus arroyos. Pero... ¿no hay en esa succión de la tierra una venenosa sensualidad? Tiene algo de fluido físico, orgánico; casi de calidad vegetal, como si nos prendieran a la tierra sutiles raíces. Es la clase de amor que invita a disolverse. A ablandarse. A llorar. El que se diluye en melancolía cuando plañe la gaita. Amor que se abriga y se repliega más cada vez hacia la mayor intimidad: de la comarca, al valle nativo; del valle, al remanso donde la casa ancestral se refleja; del remanso, a la casa; de la casa, al rincón de los recuerdos.

Todo eso es muy dulce, como un dulce vino. Pero también, como en el vino, se esconden en esa dulzura embriaguez e indolencia.

A tal manera de amar, ¿puede llamarse patriotismo? Si el patriotismo fuera la ternura afectiva, no sería el mejor de los humanos amores. Los hombres cederían en patriotismo a las plantas, que les ganan en apego a la tierra. No puede ser llamado patriotismo lo primero que en nuestro espíritu hallamos a mano: esa elemental impregnación en lo telúrico. Tiene que ser—para que gane la mejor calidad—lo que esté cabalmente al otro extremo: lo más difícil; lo más depurado de gangas terrenas: lo más agudo y limpio de contornos; lo más invariable.

Es decir, tiene que clavar sus puntales no en lo «sensible», sino en lo «intelectual».

Bien está que bebamos el vino de la gaita; pero sin entregarles nuestros secretos. Todo lo que es sensual dura poco. Miles y miles de primaveras se han marchitado; y aún dos y dos siguen sumando cuatro; como desde el origen de la creación. No plantemos nuestros amores esenciales en el césped que ha visto marchitar tantas primaveras; tendamos como líneas sin peso y sin volumen, hacia el ámbito eterno donde cantan los números su canción exacta.

La canción que mide la lira: rica en empresas, porque es sabia en números.

\* \* \*

Así, pues, no veamos en la Patria el arroyo y el césped; la canción y la gaita; veamos un «destino», una «empresa». La Patria es aquello que, en el mundo configuró una gran empresa colectiva. Sin empresa no hay Patria; sin la presencia de la fe en un destino común, todo se disuelve en comarcas nativas, en sabores y colores locales. Calla la lira y sueña la gaita. Ya no hay razón—si no es, por ejemplo, de subalterna condición económica—para que cada valle siga unido al vecino. Enmudecen los números de los Imperios—geometría y arquitectura—para que silben su llamada los genios de la disgregación, que se esconden bajo los hongos de cada aldea.

## José Antonio



# Estampas Místicas de San Juan de la Cruz

## CÁNTICO DE CASTILLA

A Francisco Montero Galvache.

Poeta en las cuatro dimensiones de la Poesía

—Tierra, Aire, Cielo y Mar,—con un afán común de celda soleada y silenciosa.

Una de estas tardes de Noviembre, cuando había las primeras nieves en la llanura y el cielo tenía como un claror dorado en las veletas chirriantes de las torres, llegó un frailuco al pueblo... Tenía los pies descalzos y un sayal de tela basta. Y una sonrisa siempre entre los labios y una mirada clara entre los ojos como si dentro de él le hubiera florecido la gracia divina de los trigales castellanos...

Eso. Andaba siempre con un libro grande de tapas miniadas...

Era San Juan de la Cruz. Vino a Castilla a bendecir las altas eras campesinas, a dar vida al trigo de los graneros, a fecundar las flores de los remansos y a poner serenidad a las aguas quietas del río.

Una handada de niños juega en la plaza de Duruelo. Ha llegado doblándose el crepúsculo y desde las azoteas la noche mira con sus ojos de vieja aterida la alegría infantil. Una franja de vencejos pasa y repasa el cielo jugando al corro estelar en el centro firme y mudo de la primera estrella. En la ventana más alta, hundida en el hábito hosco de las paredes untadas de lluvia, una muchacha mira hacia la singladura ilusionista y marinera de una fila de pañuelos puestos a secar. Se ha hecho el día tacto de un recuerdo querido. En los cartapacios jorobados de las casas empiezan a titilear los candiles y hay un olor a nacimiento y a medievo, a bienaventuranzas y a cuaderna vía, por las rendijas de todos los sueños.

San Juan ha salido del convento.

Una cuadrilla de gorriones picotean en el atrio de la iglesia. El frailecito Juan de Yeepees anda despacio, de puntillas, para no despertarlos,

El convento es como una moneda de oro gastado, como un retablo de nogal esmerilado por buriles viejos. La tarde llueve sobre él, todo una fantasmagoría suave de hogueras místicas.

San Juan trae las carnes atormentadas de disciplinas y en las manos hay gotas de su propia sangre como rosas desvaídas en un marco de cera. Los juncos del mar han dado palidez cristalina en la efigie menudita y nerviosa.

San Juan nimbado de ocaso parece un Cristo de tabla flamenca sobre la custodia de un altar antiguo.

La algarabía infantil ha destrenzado el juego y rodea ahora al santo en una explosión de gritos.

Juan, bendícenos... Juan, bendícenos, bendícenos...

Juan sobre el oleaje cándido extiende su mano fina, mano de San Francisco de Asís. Los niños se han callado de repente. El aire tiene emoción de milagro. Corre por las hileras de las plazas, por el dedalo de las calles, por las sombras de los rincones solariegos un escalofrío de santidad. Y Juan ha ungido sus dedos en crepúsculo y ha dado su bendición poquito a poco...

La tarde está puesta de rodillas para recibirla.

San Juan de la Cruz danos tu bendición ahora, ctra vez. Hay un-paisaje de Castilla de cuento, de mesones encendidos de noche, de molinos que muelen trigo racial en la llanura.

En la Plaza un grupo de falangistas con el símbolo de las flechas sangrantes en el pecho espera a que tu mano trace la señal de la Cruz y de España.

Un coro de gañanes ha dejado la mancera y la línea firme del arado, y está arrodillado en la plaza... Una plaza de Castilla en ritos de hogueras mitológicas, con sabor a formación castrense y a campanas conventuales, junto a cada mástil de bandera. Y con afán de Imperio y Fe. Con la mística de tus versos, con el acero teológico de tus palabras, con el alerta duro de tus vigiliat eternas.

San Juan de la Cruz, danos tu bendición, Así... tu bendición nueva, santa, con rumor de agua de serranía, de cielo en alba, de bosque virgen. Tu bendición inocente como a un grupo de niños...

Este sayal de tela azul—hábito de camisa falangista—con que todos vestimos, nos ha dado ¡San Juan de la Cruz! la limpieza de alma justa y precisa, para esperarla en pie, con los ojos abiertos.

José DE LAS CUEVAS.

# MENSAJE A LOS POETAS DE LA REVOLUCION NACIONAL

por RAFAEL MANZANO y JESÚS ARCENCIO

Camaradas que sobre las lomas duras de las primeras avanzadas peligrosas, en las trincheras donde se siente la tierra íntegra como un gran barboquejo; arma al brazo, comulgáis en el mismo fervor incontenible de la realización racional de una Patria de cálculos largos y urgentes soluciones geniales. Oid. España necesita de nuestras conjuntas voces viriles. Hemos vivido con anterioridad al Movimiento, una era de poesía, con mujeres de anatomías de aire, y las manos huecas de ausencias imprecisas, la voz vacilante perdida en el jardín de los sueños sin fronteras.

Hemos deshumanizado al arte, hecho una fuga de agua entre los dedos el valor intangible y eterno del individuo y la vida.

Hemos clavado los ojos sentimentalmente en la rosa de los vientos, ignorando el norte épico que España reclamaba, poniendo el grito en el cielo heroico de nuestra Tradición y de nuestra Historia.

No podemos, camaradas, continuar en el pecado.

La guerra, cuya primera línea vivimos, nos va abriendo su gran primavera de pólvora, para que descifremos la botánica oculta de las metáforas nuevas, las concepciones sin estremo. Arranquemos del alma vestigios de pasados lirismos particularistas, y demos enteramente a la emoción armónica de cantar a España, en pregón externo de su genio racial, de su apretado salvador esfuerzo colectivo.

¿Qué importa que así sea la rosa?

Está por escribir la poesía del «carro de asalto y la ametralladora».

Desintegramos al individuo, desarticulamos la existencia en búsqueda esquivada de las esencias. (No sabíamos que había de integrar la existencia para darla por la esencia). Hay que volver todo a su elemental estado, volver la vida a su razón primera.

Desdibujamos el contorno de las cosas y los sentimientos, metaforizamos en temblores, quisimos encontrar la poesía en el surco de aire de su vuelo.

Vacíos estábamos de hermandad y de destino.

La lección de centrarnos en realidades, nos viene, camaradas, de la guerra.

Matemos, como Marinetti, al rayo de luna.

Es la hora en punto de crucificar los abanicos y odiar a los cazadores de mariposas.

Arrastrándonos por suelos, las vigiliadas necesarias—exacta atención de las guardias—nos han dado el perfil de nuestro dolor físico.

Nuestro hombro, está maduro del porta-fusil. Nuestro brazo, duro de los ejercicios de estilo violento. Nuestra mano, fuerte de la aprehensión de las bombas, en la inquietud de las noches, cuando mejor encontramos la razón de nuestras vidas. No nos empleemos en madrigales intrascendentes, en versos facilones de marinero en tierra, sin peligro de mar o muerte.

Hagamos una poesía viril, revolucionaria, trascendente, encendida, con la misma elegancia rápida y fuerte de las reconstrucciones de nuestros equipos de Ingenieros, con sudores de fatiga, no lágrimas sentimentaloides: con el cuchillo en la mano incansable, labremos las más difíciles cortezas, como Ercillas, con un cantar Araucano total, con el dolor, la gloria y la victoria de la guerra por la Patria.

Adentrémosnos en la realidad. Por causa de los equilibrios de la poesía, Pascal afirmó ser tan despreciable el poeta como el jugador de bolos.

No es labor la nuestra, de cuerda floja, sino de seguir el curso de la sangre.

Nuestra cabeza no puede tender a pájaros, como quería Bergamín, sino a España.

Soneticemos con la alegría de la victoria, con la sonrisa ante la muerte esperada, la épica ecuación de nuestra lucha civilizadora e Imperial.

Abandonemos nuestro individualismo lírico, ese formar las cosas en nuestro espíritu, transformar la vida interiormente, como un Juan Ramón Jiménez, sin más Patria ni fronteras que su egocentrismo sentimental.

La vida es un fluir, una milicia, y hay que darse plenamente a ella.

Camaradas poetas en las plurales líneas de vanguardia. El mundo va a alumbrar: no estemos extraños a este parto doloroso, en la que España, como siempre, es madre fecunda.

Rompamos las cuerdas finas de nuestras liras; reemplacémoslas con tendones de toro ibérico, curado al sol durísimo de la batalla épica, y que de entre nosotros, Señor, salga el poeta bárbaro y genial, que en himno primitivo y ciclópeo, cante las verdades fundamentales de esta guerra santa de reintegración total, de unidad entre tierras y hombres.

Que esta guerra única de España, no de tristes, sino de magníficos destinos, no camaradas, no puede quedarse en fragmentarios versos, sino en una epopeya elemental extraída de los conceptos poéticos nuevos, que nos dá este amanecer dilatado, glorioso de pólvora, de absoluto y de muerte.

## Puesta de Sol por Luis Pérez de Solero

Un sol muy rojo, ya de su ocaso cerca,  
entra, dorado, por la ventana abierta al  
[aire de la tarde.]

Sus resplandores,  
de encendida sangre  
tiñen paredes de alcoba,  
cal que arde,  
y lanzan reflejos hechos rosas  
sobre la cama donde una mujer yace.  
En la faz de la joven, muy pálida, ver-

[dosa,  
dos pupilas se abren,  
penetrantes, inquietas,  
con una angustia grande,

ante la luz sangrienta de aquel sol que  
[muere]

y que, muriendo, parte  
a alumbrar a otros mundos  
porque muriendo, ¡nace!

Se adormece la enferma, con esa idea  
fija;

y, en su interior, renace  
la luz de la esperanza.

Y se abre  
en ella, feliz, una ilusión.

Y, el aire,  
se le torna más grato  
y, aún sin poder ya respirar, más suave.

—¡Quiero morir, Dios mío, al igual  
[que ese Sol;  
morir, para nacer más tarde.

Diluirme así, como el color, que ahora  
[es rosa pálido,

y antes era sangre!

¡Míralo tú, mi Dios; se borra su fulgor,  
y su luz que... ¿ya no arde?

¡Ya se vá!... Se borró?

Tú, no lo sabes?

Un destello final y

¡Dí a la muerte que pase!

(Un suspiro... Ella murió;  
que así muere la tarde.)

# Isabel de Castilla



OR los dorados caminos de la Alhambra, seguida de los vientos mejores de Castilla, la vieron los cielos ir envuelta en claros resplandores de sol. De Segovia a Granada.—¡Ay, Señor, qué dulce espera de la unidad de sus campos!—la vieron los cielos ir, cortando en cada paisaje su llanura para forjar el cingulo terreno de su gloria. Bajo el palio de luz, alta en la cuesta de su lumbré divina, traspasada de santos fervores, y llena del sabor de los mejores trigos, camino de su mundo y de su gloria, la vieron los cielos ir, a Isabel de Castilla, Reina de la paz y del sosiego.

Ella, blanda y dorada como el temblor de los árboles, con el sereno paisaje de sus ojos azules, esparcido, para darle su sangre, en la alborada de una vida infinita, había hincado sus rodillas de sol en la tierra de Granada, y ungido, con serenidad de hábito de claustro, la dorada entrega de la Alhambra: y una sola voz—ancha, profunda y abierta a la siembra de los siglos—había ya desgranado en el aire quieto, la dulce elevación del Te-Deum de las gracias.

Todos: prelados y capitanes, sacerdotes y reyes, banderas y soldados, habíanse ungido de la mansedumbre que las rodillas de Isabel dejaron en la tierra de Granada: una mansedumbre dorada, como una moneda del sol de las batallas.

Y el pensamiento de Isabel, hincado en el centro del minarete de la vela como una espada de gloria, decía, en torno a la calma del paisaje:

«¡Hosanna, Señor, hosanna, que el sol de la Reina de Castilla ha encendido la entraña de mi hierro, llenándolo de júbilo y de altura!».

Y un aleluya de banderas imperiales, había coronado la serenísima alborada de las tierras unidas: llagada de fe, cautiva de las más hermosas cadenas de amor, Isabel de Castilla, desgranaba en el santo silencio de la espera, sobre cada una de las piedras de las torres, la mejor oración del Te-Deum de las gracias.

Y no había descendido del todo a su garganta el aire de la paz y del gozo de Cristo, cuando ella, aliento y brisa de las tres carabelas del mundo, tendía, en carne viva del más alto deseo, sus brazos de eternidad al viaje que se alargaba en la humedad del misterio, para levantar la cruz en otras tierras sin bautismo.

Isabel de los ojos más bellos, ofrecía al Imperio, por encima del mar, como tres venas palpitantes de viento, de espuma y de sol, las tres carabelas, que, a un tiempo, cortaban el silencio de las aguas perdidas, para llenar de un santo calor de oraciones eternas las orillas lejanas de un mundo sin espada y sin cruz.

Así, puesta en cruz sobre la entraña viva de la tierra, la vieron los cielos ir, camino de su mundo y de su gloria, a Isabel de Castilla, Reina de los ojos serenados, más bella que el reposo del alma en el paisaje de los ángeles.

Hincada en la tierra, sobre su frente de dorada espuma, la brisa y el sol, en idéntica forma de sustancia consagrada, ponían este rezo fervoroso:

¡Aleluya, Señor, para la reina de las tierras unidas!

¡Aleluya y Hosanna, Señor, para la reina de las tierras de Cristo!



SON tantas, Señor, las veces que mi Patria se ha puesto en cruz, exhausta en el deseo, dulce y sencilla en la bendición de sus auroras, ya entregada a la misión de tu Evangelio, haciéndose lumbré y antorcha para los perdidos de su rumbo, cuerpo y alma para los enamorados de su fe, espléndida y altiva en el combate de sus brazos religiosos; y son tantas, Señor, las veces que Castilla se ha puesto en cruz, sobre la calma de su llanura redonda y dorada!...

¡Y son tantas, Señor, las veces que ha vuelto sus ojos—ojos santísimos de madre, ojos misericordiosos de novia—al empeño de los siglos robustos, para ofrecer al mundo, como una lluvia de lejanía la mansedumbre de sus llanos de sangre, tantas, Señor, las miradas hacia el centro de su geografía espléndida, que la vida de mi Patria, tú lo sabes bien, Señor, es como una imagen de aquella reina venturosa, que para vivir su destino, miraba el centro de su propia angustia, forjada con desgarramientos de sangre y sustentada en la noche de sus años, por la nieve de aquellos brazos de paz, que, ungidos del

aceite de los ángeles, habían sido como una gracia enviada de la altura para bendecir el comienzo de nuestra Historia y de nuestras empresas universales!

Ahora, Señor, vuelve de nuevo a llenarlo todo: y sobre la tierra de Castilla, en la alborada de los héroes de Julio, como ramas de aquel tronco, duro y firme, de su paso hacia Granada y de su mirada a las tres carabelas, vuelven a consagrarse en realidad aquellas sus palabras:

«No expongáis el tesoro de vuestro Reino de Aragón; yo tomaré esta empresa a cargo de mi corona de Castilla, y cuando esto no bastara, empeñaré mis alhajas para acudir a sus gastos».

Ahora, tú lo sabes bien, Señor, vuelven a ser cristal de sol y de río, donde el viento de salvación que todo lo ha llenado de clamores, canta y vibra, como si el tesoro de toda la sangre de sus hijos, se hubiera empeñado para el triunfo de esta solemne empresa de Dios.

Y en la línea de los montes, en la augusta quietud de los llanos, vueltos al temblor de la reja y la cuchilla por el milagro de los muertos que alargaron su presencia en las estrellas, los brazos de los hijos de Castilla, velan y aguardan, con serena conformidad de misión evangélica, el florecimiento de la primavera anunciada, y sienten ya, a través del silencio de los siglos, el calor de las flechas de Isabel de los ojos más bellos, como una voz, eterna y celeste, que alienta y vive en la solemnidad de este nuevo Te-Deum de las gracias, que deja en la tierra de los frentes, el mismo calor y la misma doración que un día dejara en Granada la rodilla de la reina, blanca y luminosa, bajo los pliegues de su hábito de penitencia y de rigor.

Y de nuevo, Señor, Castilla, hecha toda de amplitudes de rezo, se ha hincado, ante el paisaje de sus banderas levantadas en alto, para decir, blanca y transparente como la forma de la Eucaristía, las mismas palabras que un día dijera la reina sosegada, más bella que el silbo de los ángeles en el Paraíso:

«¡Hosanna, Señor, hosanna, que ha descendido hasta mí la gracia de tu mano, llenándome del fervor de los siglos!».

¡Aleluya, Señor, porque ha vibrado en la tierra de mi vida, mansa como el viento del verano en los trigos, el aliento y el júbilo de aquella Reina, clara y sufrida, que para ganar un mundo, tendía sus brazos de sol, quieta y solemne, espléndida y sencilla, como tu guardia, Señor, como tu guardia de espadas y de estrellas, al mar del silencio sin bautismo!

F r a n c i s c o M o n t e r o G a l v a c h e

# los poetas de "CAUCES"

A JUAN MARTÍNEZ MONTAÑÉS  
DIVINIZADOR DE LA MADERA

Del mundo en el desierto honda cisterna  
y áurea cuna del sol en toda hora,  
trocaste de tu gloria con la aurora  
la vida vegetal en vida eterna.

Viste de Nazareth la Rosa Tierna  
de tus internos campos en la flora  
y el Lirio del Calvario en tí atesora  
materno llanto en copa sempiterna.

Transfundiste la tierra con el cielo:  
como a la arcilla Dios soplo divino,  
diste horizonte al leño, alas en vuelo.

Y a tí el cincel de Praxiteles vino  
con tu gubia a través de Donatello,  
y abrió en el tiempo celestial camino.

Fernando DE LOS RÍOS Y DE GUZMÁN.

## No se lo digas a nadie...

—Escucha, madre,  
como gimen los cisnes  
en el estanque.

—Madre, no se lo digas a nadie.  
Tengo una novia rubia  
en el alcázar del aire.

La conocí  
una noche de vendavales  
rotos, cuando los cisnes  
muertos de miedo, huyeron  
hacia los valles.

El ocaso, tinto en sangre,  
entre dos agujas altas  
—meridianos del aire—  
huye del guardia lucero  
que le persigue brillante  
de ira verdeamarilla  
hacia el final de la calle.

—Escucha, madre,  
como gimen los cisnes  
en el estanque.

Pensamientos desvaídos  
buscan inquietudes planas,  
planas de planos cristales.

—Madre, no se lo digas a nadie.  
Tengo una novia rubia  
en el alcázar del aire.

La conocí  
una noche de vendavales  
rotos, cuando los cisnes  
muertos de miedo, huyeron  
hacia los valles.

JUAN JOSE FERNANDEZ.

## OLÍAS DEL REY O SANTO Y SEÑA DEL ALBA

A Manuel Díez Crespo.

Más allá del albor de los confines,  
Asediadas por noches toledanas,  
Disparan sus badajos las campanas  
Con pólvoras de angélicos maitines.

Alerta está el olor de los jazmines,  
Vigilan los cuclillos y las ranas,  
Las bardas del corral son barbacanas  
Y el gallo es paladín de paladines.

Flombra el río al molino su intendente,  
Hay patrullas de nubes pontoneras,  
Y el día estrena, azul, su emblema nuevo;

Las cañas vuelve lanzas la corriente  
Que moviliza al chopo en las riberas  
Y al sol hace la luna su relevo.

Adriano DEL VALLE.

Olías del Rey, 1937.

## ORACION

Señor: si Tú me ayudas,  
yo sembraré mi huerto  
todo entero de nardos,  
para coger su aroma  
y derramar, sobre tus pies, su ungüento.

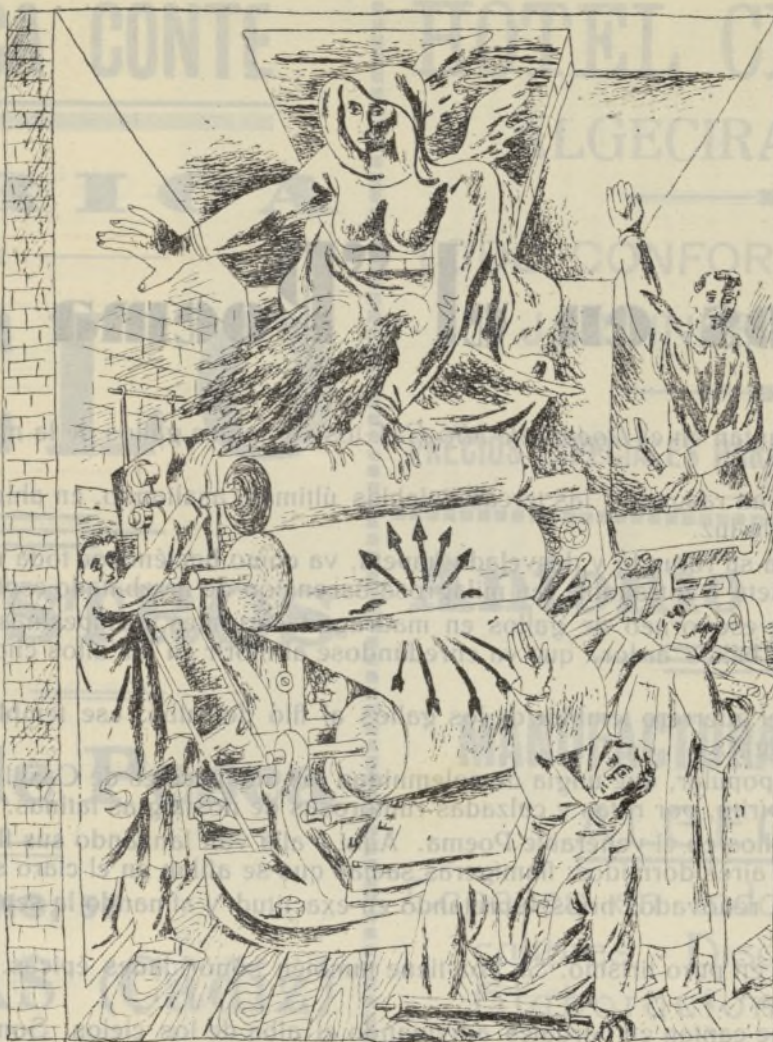
(Nardos de mis acciones,  
nardos de mis esfuerzos,  
nardos de mis palabras,  
nardos de mis deseos,  
nardos, si los quisieras, de mi sangre,  
nardos, si los quisieras, de mi cuerpo).

Mi huerto está del todo preparado,  
La tarde está tranquila y en silencio.

Señor: ayúdame a sembrar tus nardos,  
Señor, ayúdame a cogerlos.

MIGUEL MARTINEZ DEL CERRO.

# ROTATIVA



# Poema

por

Julio Estefanía

También a tí te ha llegado  
la hora exacta de los nobles destinos;  
y también tendrás tú que incorporarte  
a la misión sagrada.

Por campos que azotaron los látigos  
[de Rusia  
corre ya decisiva la victoria,  
y es hora de que todo marche en línea,  
en alegres escuadras de tarea.

Que no en vano las flechas y los yugos  
cambiaron los caminos de los tiempos  
y es toda azul, en cielo convertida,  
la misma tierra.

No en balde los caídos  
forman su eterna guardia silenciosa  
sobre el azul brillante de las noches...

¡No en balde José Antonio  
así lo quiso para bien de España!

A tí llegaron, mecanismo recio,  
escuadras de poetas:  
tras un recio zarpazo de justicia,  
la paz y el pensamiento a tí llegaron,  
¡Supieron respetarte los fusiles  
para nobles tareas!...

Y aquí nos tienes ante tí, dispuestos  
a redimir tu error, tu carne impura.  
De tus fauces potentes  
¡cuántas cosas salieron hirientes como  
[espadas...!  
Pero... ya estás vencida,  
derrotada, a los pies de la Falange  
como un cachorro que buscase humilde  
la fraterna caricia de una mano.

Ya no tendrás, vorágine de hierro,  
alientos de rencor en tus tareas;  
tu laborar potente

no cantará desquites...  
No parirás injurias,  
ni al mundo has de lanzarle paletadas de  
[odio.

Ya estás redimida  
y eres soldado de la nueva tropa.

¿Tú nunca habías soñado  
hallarte así, de yugos rodeada,  
de flechas que te miran con cariño  
contemplando tu fábrica potente?

...Esta noche daremos  
en refulgente plomo convertidas  
las consignas primeras,  
y este temblor tan puro  
que enciende nuestros pechos...

En tus cilindros las curvadas planchas  
brillarán esta noche, en esa hora  
bella y solemne de la nueva vida.

Porque tú ¡has renacido!  
y tendrás que vivir con nueva sangre.

Tú cantarás en música optimista  
de trabajo y de paz la España heroica;  
los nombres de los héroes que caen  
y que dieron su vida por la Patria.

Tú cantarás el cántico sublime  
de esta epopeya que admira el universo,  
De tus férreas entrañas  
¡saldrán miles de voces cantando el alba  
[de oro...!

No más rencores.  
Nunca vuelva el rencor que has prodi-  
[gado.

Ya estás por siempre redimida  
bajo ese haz de nuestro emblema.  
Brazos juveniles  
sobre tu frente dejarán con gozo  
yugos de amor y flechas de esperanza.

Ya vives para siempre  
incorporada  
a una noble misión;  
y en acto de servicio  
al mundo has de lanzar palabras puras  
de amor y de hermandad entre los hom-  
[bres...

—¿Todo listo?

—¡A empezar!

¡Todo está a punto!

Y no una mano roja de antipatria,  
sino la alegre laboriosa mano  
hace el contacto eléctrico...

...¡Oh, tu recio latir...! ¡Parece un nuevo  
sonido! Se diría  
que giran satisfechos los cilindros  
bajo esta luz de aurora nueva.

¡Amanecer de España  
que en millares de pliegos  
olorosos a tinta van volcando  
tus entrañas magníficas de monstruo...!  
Eres ya un camarada,  
¡Oh, rotativa azul, con qué alegría  
vemos como nos das en miles hojas  
el venerado nombre del Ausente!...

Gira, gira veloz; que a todas partes  
ha de llegar  
la voz de José Antonio,  
¡cantándole al Imperio que ya empieza...!

Gira, gira veloz, máquina fuerte,  
incorporada a la misión de todos.  
¡Ganta gozosa

«por la patria, y el pan y la justicia!»  
No en balde el Soñador, el César Joven,  
así lo quiso para bien de España!...

P. Pérez  
Clotet

## Los gallos en el "Poema del Cid"

Los gallos cantan y cantan en el *Poema de Mio Cid*: los vigilantes gallos de la madrugada, solidarizados en la querencia de la amanecida.

Sus brillantes dianas van rasgando las tercias tinieblas últimas; asaltando, en ahincada escaramuza de fervores, las primeras almenas de la luz.

(Diríase que Castilla, a su rotundo y desvelado ímpetu, va como haciéndose toda un largo, estremecido clarín; rasgando su propia carne prieta y entrañable, en milagrosa ascensión de arrebatado espíritu...)

El juglar sabía bien de ese torneo de gallos en madrugadas rurales, campesinas: halagador arrullo de sus mejores entresueños. De su bélico ardor, que va enredándose al morir en los altos chopos húmedos de rocío y de estrellas.

El juglar sabía bien del guerrero temblor de los gallos al filo del alba; ese temblor que pone escalofríos de aventura y misterio en la sangre.

De su a modo de rito popular, que ungía de solemnidad los amaneceres de Castilla, que Castilla iba viviendo, en plenitud de corazón y espíritu, por rutas y calzadas rumorosas de nostalgias latinas.

Cantan, cantan los gallos en el venerable Poema. Aquí y allá van lanzando sus floridos pregones: escarlatas banderas que flamean en los aires dormidos; flamígeras saetas que se afilan en el claro silencio de la madrugada.

Cantan los gallos con renovados bríos, apretando en exactitud y afinando la sensación óptica y acústica del paisaje y la hora.

Pero su voz no queda en puro lirismo. Su voz tiene también sonoridades épicas. La épica también del momento y del paisaje históricos.

No son sólo gallos que cantan en bardales adivinando el alba de los cielos. Son gallos que adivinan al par fecundas alboradas históricas, en que Mio Cid abra un poco más el cielo de Castilla: de España.

Son clarines que quieren adelantar el día, para apresurar la victoria del héroe. Son dianas heroicas, de esa madrugada perenne que es su destierro y su gloria.

«Apriessa cantan los gallos, e quieren crebar albores»... «Apriessa cantan los gallos», a los maitines litúrgicos, cuando Mio Cid llega a Cardena a despedirse de su mujer y de sus hijas, «e quieren crebar albores», como para que el héroe, por el rey exilado, salga pronto del doloroso trance de la despedida—«assís parteu unos d'otros—como la uña de la carne»—, y sus músculos de lucha se templen cuanto antes en el alba fría y olorosa del campo.

«A la mañana, quando los gallos cantarán,—non vos tardedes, mandedes ensellar,—previene el Cid a sus guerreros. Y a la madrugada, lanzarán puntualmente los gallos sus vibradoras flechas, queriendo desgarrar las sombras nocturnas para que Mio Cid emprenda definitivamente el camino del destierro.

Los gallos van lanzando en los momentos oportunos sus ardidos quiquiriquís, como llamas que van alumbrando la gesta. Puntuando con sus precisos relojes los pasos de la aventura. Anudando en los aires sus penachos de música como banderines de triunfo.

Aún como puro toque ambiental, los diligentes gallos espabilan sus ímpetus cantores de acuerdo con el tono hazañoso del Poema: como intrépidos guerrilleros de la noche que sueñan franquear el castillo del día. Pero esta elemental imagen se ensancha, se duplica, por su reiteración y su estratégica presencia, y los gallos parece que también asumen voluntad de auténticos guerrilleros que quisieran franquear igualmente, abriendo al Cid albas propicias, todos esos castillos, villas, lugares enemigos, que el héroe va encontrando en su peregrinación por el destierro.

«Poéticamente la imagen *quebrar albores*—dice Guillermo Díaz-Plaja—tiene un sentido uniforme, que hace referencia a algo compacto, completo (*la bóveda* de la noche) que se resquebraja y se abre ante la luz». Paralelamente a este estricto sentido, se transparenta en esa imagen—bellamente utilizada por algunos poetas de hoy—otro sentido más complejo, igualmente unánime, uniforme. que parece aludir a esa cerrada noche del destierro, que hay que alumbrar con días de victoria; a esa guerra que pone su dura coraza ante los esforzados pechos, y que hay que vencer abriendo brechas de luz—albores de júbilo—en sus compactos muros.

«La madrugada—dice también el mismo crítico—tiene para el juglar un sentido lírico, de exaltación. A la madrugada se inician muchos de los episodios gloriosos del poema». La madrugada es el inicio de muchos triunfos cidianos. Pero son los gallos despiertos, vigilantes, unidos en el fervor del alba, más también en la tarea de ir amaneciéndole al Cid sus días de gloria, quienes los traen, quienes los sacan de las sombras con sus sonoros berbiquies.

Tan firme queda en la memoria su pregón madrugero, que hasta cuando ya los albores llegan solos, diríase que gallos invisibles siguen lanzando sus dianas de urgencia.

Los gallos, sí, van siempre, visibles o invisibles—tal es el relieve con que queda temblando en el aire del Poema su primer canto beliger—resonando en todas las madrugadas de la admirable gesta.

Con ritmo de armonioso romance van ilustrando, abriendo en el Poema las radiantes jornadas, cantando primicias venturosas, colaborando, en suma, en las portentosas hazañas de Ruy Días de Vivar, «nuestro» Cid, el que en buen hora ciñó su espada.

**FRIGORIFICA CONTE**

**FABRICA**

DE

**HIELO**

**SUMINISTROS**

A

**Buques de Pesca**

TELÉFONO, 57

**ALGECIRAS (Cádiz)**

**HOTEL CRISTINA**

**ALGECIRAS (Cádiz)**

TODO CONFORT. -- GRANDES

JARDINES. -- TENNIS

PRECIOS ESPECIALES PARA TEMPORADA DE VERANO

**Antonio Silverio**

**MANUFACTURA DE CORCHO**  
**ALGECIRAS**

Capones en todas sus clases y  
calibres. - Discos de corcho.  
Elaboración esmerada.

**MANUEL FERNANDEZ Y C.<sup>a</sup>, (S. L.)**

ESPECIALIDADES:

**Amontillado Victoria. - Coñac Plus Ultra - Jerez Quina del Ramo**  
**Jerez de la Frontera**

**Panadería "La Estrella"**

Propietario: **JUAN MELGAR ALVAREZ**

CALLE SEVILLA, núm. 39. - TELÉFONO, núm. 408  
**ALGECIRAS**

**Especialidad en PAN para DIABÉTICOS**

(SE CONSERVA MÁS DE SESENTA DÍAS)

Recomendado por la Ciencia Médica. - Producto Patentado

**CUATRO PESETAS, KILO**

Envíos a todas partes contra reembolsos

**R E S E R V A D O P A R A**

**ARTURO REDONDO**



**Contratista de Obras**  
**Materiales de Construcción**



Teléfono, 1858  
**CADIZ**

**Anuncios "KIKI" - Apartado núm. 140 - Cádiz**

# MONJA-QUINA

## Ponche-Pino

Cayetano del Pino y C.<sup>a</sup>

S. L.

JEREZ

CIRCUNSTANCIAS AJENAS

a nuestra voluntad, nos obligan

a confeccionar este número en

una calidad de papel inferior a

la utilizada hasta ahora. ☺ ☺ ☺

Deficiencia que esperamos

confiadamente, poder subsanar a

partir del próximo número. ☺

(N. de la R.)

### COÑAC OXIGENADO

UNA COPA DESPUÉS DEL CAFÉ

Cupón N.º 0624

para el sorteo de los **REGALOS**  
que la Revista **"CAUCES"**  
hace entre sus lectores y suscriptores.

Recortado este cupón, caso de resultar pre-  
miado, se entregará o enviará a las oficinas  
de Anuncios "KIKI" - Apartado, 140 - CÁDIZ

### VALIOSOS Y ÚTILES REGALOS

DE

## "CAUCES"

A SUS LECTORES Y SUSCRIPTORES

## "CAUCES"



que ansía corresponder al inmenso favor del público  
y al progresivo aumento de su circulación,

**REGALARA** cada mes varios magníficos premios.

### Bases del sorteo:

Todas las revistas llevarán un cupón recortable en una de las planas de anuncios, con un número impreso automáticamente dentro de un recuadro, y en la Revista correspondiente al siguiente mes, se publicará la lista con los números premiados, por lo cual, cada suscriptor podrá él mismo comprobar si su número está premiado, y entonces sólo bastará la presentación de dicho cupón en las oficinas de ANUNCIOS "KIKI", para que le sea entregado el premio. A los señores suscriptores de provincias se les enviarán los premios correspondientes libres de toda clase de gastos de envío.

Anuncios "KIKI" - Plaza Catedral, 11 - Cádiz

Ayuntamiento de Madrid

# Lord Kelisn

Y YO

por J. M.

Tenía en sus manos como un temblor impreciso de algas y corales aéreos. Una lejanía misteriosa en las pupilas grises, desvaídas, hechas a las grandes emociones marineras. Y una frente suave, de predestinado, cautiva en el tedio wildeano, olvidado sólo en el difícil paraíso artesiano de los mástiles ágiles y enhiestos, de las jarcias de ensueño, de los pequeños timones bailarines.

Todo su misterio nimbado de rubio y de recuerdos, se doblaba sobre sus mascarones de proa, entresacados de la mitología nórdica, empapada de wíkingos y de niebla.

A cada golpe hábil de gubia, surgía en el taller un mundo, a la vez bronco y enfermizo, contraído en ceños maldicientes o dilatado en sonrisas faunescas y burlonas de potestades submarinas.

Y él, en medio de las volutas de maderas olorosas, enervantes, parecía olvidar la imposible cacería de horizontes, el ulular de las caracolas oceánicas.

Los chicos, al salir de la escuela, queríamos también olvidar la conjugación de los verbos irregulares y la terrible teoría de los números primos, colgados, precozmente, como una maldición, sobre el umbral de nuestros lunés.

Entonces íbamos a la tienda del «inglés», porque las gentes de los puertos se había empeñado, acertando esta vez, en que aquel hombre, raro y huido no podía ser otra cosa que un inglés.

A nosotros, todo esto nos tenía sin cuidado; pero nos embargaba la curiosidad, injerta en el temor: la eterna floración de los once años.

El «inglés» tenía su taller en el fondo de los soportales de la rúa Vieja. La luz se quebraba en los arcos de piedra, verdeantes de musgo, restándole, posiblemente, toda la luz de la mañana. No parecía sentirlo, en absoluto, y ahora me doy cuenta de que así trabajaba más a gusto, sumergido en la grasa angustiosa de las sombras, como un condenado por la cólera bíblica.

Los golpes ténues de su herramienta, se mezclaban al perfume exótico y voluptuoso de las maderas ultramarinas, al olor denso y salino del pescado, al rumor de la marea contra las escalinatas de los muelles.

De vez en cuando, salía del fondo de la estancia como una concreción de las tinieblas, y avizoraba el horizonte con su catalejo donde fracasaba el sol.

Una viñeta desvaída. Al cabo de los treinta años, arrimado al costado de la vida como una vieja goleta insensible, creo haber comprendido a aquel hombre.

Creo también, en la piedad infinita de Dios, tan presente en el primer potentado del mundo, como en la última amiba desnuda. Y me consuelo pensando que todos los lord Kelisn que haya en el mundo le encontrarán al final de su camino. ¡Así sea, Dios mío!

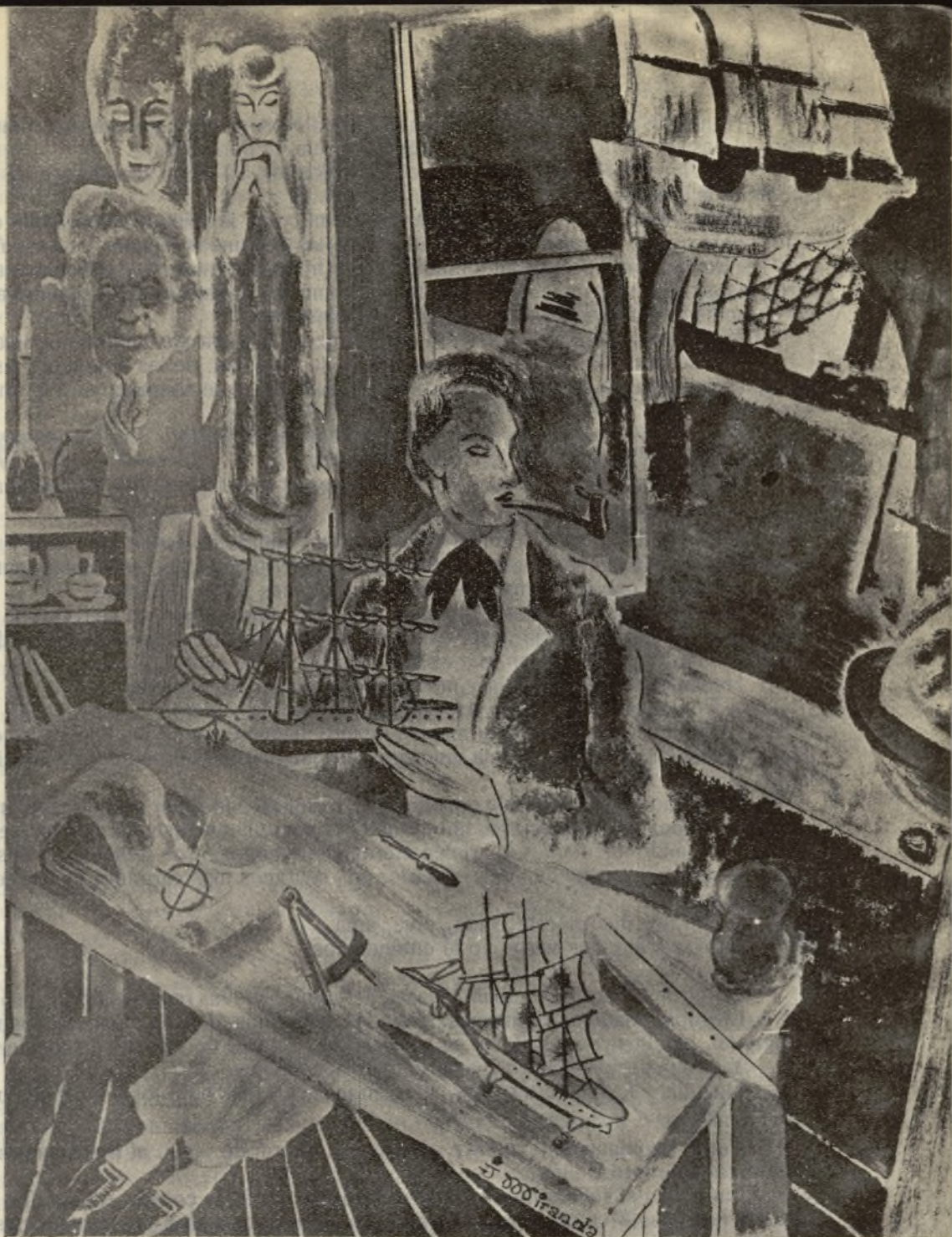
\* \* \*

Y ahora seguiremos sin incisos, sin divagaciones, volviendo las páginas de mi cuaderno de Pitágora...

Íbamos a su taller—decía—, y decía mal. Íbamos a la puerta de su taller, y nos asomábamos cautelosamente a su ventana, mientras se rizaba nuestra piel por la cercanía voluptuosa del peligro.

Cuando oíamos el sonido de los torpes zapatores marineros, o el paso, leve, huido, de las vendedoras, adoptábamos un aire pasmado, indiferente, y luego volvíamos a nuestro acecho, temeroso, brincándonos dentro el corazón como un ratoncillo harto de queso.

Él se dió cuenta, y un día en que yo iba solo, salió bruscamente y me hizo pasar aquella puerta quejumbrosa.



Nunca he vivido tan intensamente, tan dolorosamente como en esos días. (De un golpe se me amontona en el cerebro el pasado, acuciándome con voces que creía ya dormidas).

Para mí el taller del inglés ya no tuvo secretos. El único secreto era él con su pelo rubio y suelto, empapado de sal ante los crepúsculos picoteados de gabiotas.

Hablaba poco, y su castellano era para mí como la primera avanzadilla de su misterio. Yo luego he meditado sobre esto, como ahora, largamente, buceando hasta las profundas lejanías de mis años de escuela.

Revivo la impresión indefinible de sus frases aceradas. La vibración satánica de sus palabras, que flotaban en el aire, casi sin desintegrarse. La cadencia de su música negativa; de esas músicas que deben acompañar a las misas negras en el momento culminante del sacrilegio y la blasfemia.

Y sin embargo, sufría en medio de mi gozo y gozaba plenamente, en medio de mi dolor.

Me encantaban las curvas femeniles de las goletas, de las fragatas, las arboladuras de ensueño y de leyenda; y me horrorizaba ante aquellos mascarones oscuros que me sonreían en los rincones. Me alimentaba, en suma, de paraísos artificiales.

Aprendí fácilmente, los principios elementales de cartografía, la medida zarabanda de los vientos. Tritones. Oceánidas. La mitología sin par de las profundidades.

El inglés sonreía levemente, y a mí me parecía entonces, que se destapaba un viejo tarro de esencias olvidadas.

\* \* \*

Un solo día al mes, no tenía entrada en mi mundo de ensueños. Aquel día permanecían cerradas las ventanas: y los marineros, las vendedoras y los trabajadores de los puertos, cambiaban entre sí miradas indefinibles.

Coincidió cabal, indefectiblemente con los días 24 de cada mes.

Al abrirse de nuevo las ventanas y entrar el aire yodado, el chirrido de las aves marinas, el rumor de las cabrias y la marea, el inglés parecía despertar de su sueño largo de invernada. Solía destapar un frasco de tonalidades inverosímiles y bebía largamente, con una enorme hinchazón de su garganta.

Hablaba con vehemencia y me cogía del brazo, diciéndome:

—Tonio, ella ha venido. ¡Ha venido, Tonio; ha venido!...

¿A quién se refería? A mi malicia infantil, baqueteada en los bancos escolares no se le escapaban ya las oscuras aventuras de los puertos, la farsa amorosa con que los marineros de las «vaquitas» y los «bous» se desquitaban de las largas abstenciones.

Y allí no podía haber ido una mujer de aquéllas. Sin saber porqué, esto me constaba absolutamente. ¿Y entonces?...

Nada hay tan angustioso, tan dramático, como la adolescencia de los seres sensibles.

Es cuando las noches aparecen eternamente largas, y se temen y se ansían en el declinar cálido y espeso de las tardes veraniegas. Cuando, precisamente, nos sentimos más cargados de trascendencia. Cuando la vida nos llama, diciéndonos, suave:

—¡Eh, tú; incorpórate, salta, vive, ama.

Sólo que algunas veces no la entendemos.

\* \* \*

De tarde en tarde llegaban al taller del inglés nuevas remesas de sus proveedores, repartidos por toda la geografía.

Llegaban maderas riquísimas. Líquidos ambarinos, densos, opacos. Abanicos orientales como banderolas de la edad medioeval. Idolillos. Sedas. Todo se repartía por el taller con la difícil sencillez del artista.

Y ni una carta. Ni un mensaje unido a los envíos.

Otro día 24. Y naturalmente, las ventanas cerradas bajo los soportales olorosos a marisco.

## II

Tenía próximamente quince años cuando perdí de vista, al trasladarse mi familia tierra adentro, la figura pálida y atormentada de lord Kelisn.

Fué como si saliera de una enfermedad. Recobré los colores, el apetito, la inconsciencia alegre y decidida de mis mejores tiempos. Y en mi casa, mis padres benditos achacaron mis rarezas pasadas a una crisis, felizmente superada de esas en que es tan pródigo el paso de la niñez a la pubertad.

¡Felizmente superada. Ahora es cuando comprendo que siempre fui un juguete de aquel hombre. ¿Qué veneno sutil inyectó en las venas de mis once años? ¿Qué canción demoníaca sobre la promesa de mi vida, impulsándome al eterno camino, al mar sin descanso?

Alguien ha seguido mi vida como una sombra hasta detenerse en el umbral de mis años maduros. Alguien me ha visto cruzar el Atlántico, comerciar en las islas, embriagarme de misterio y de Trópico bajo el palpitante azulenco de los luceros, flotar en renunciamientos desesperados como las medusas y las noctilucas submarinas.

—¡Señor, Señor, no me abandones. Hazme ciego como un átomo, resignado como un átomo!

Sé ahora, que ha sido él con su sonrisa androgina, de esfinge.

\* \* \*

Los albaceas de Lord Kelisn, dieron conmigo en un tugurio infecto de los Mares del Sur.

Una carta lacrada con las armas del lord, larga y suave como sus manos, que acariciaron mis sienes temblorosas.

«Antonio: Soy lord Kelisn que vuelve a tí. Lord Kelisn, que duerme para el mundo, la plenitud de su sueño, en un nicho, taladrado en la dura roca de un acantilado de Escocia. Tú serás lord Kelisn. Tú serás lord Kelisn... y la veras. Te seguirán conociendo como Antonio. Te dirán: Antonio, esto o aquello. Y tú te reirás bajo, muy bajito, con una risa que hará correr el frío por las espaldas. Qué bella y qué eterna, verdad? Tú solo adivinaste su presencia indirecta, y por eso ella acudirá a tí, como acudió a mi llamada, como hace siglos y siglos que acude a las almas marchitas. Ahí tienes el secreto de mis días 24. ¡Y los necios—nunca tan necios—creían en aventurillas amorosas de a dos reales, en estúpidas estas sentimentales!

Ella. Ella. Ella. Fantasma de niebla o de humo para los demás, pero real y exacta, idéntica solo a sí misma, idéntica al ideal ambicionado, incapaz de traición, de deslealtad, para mí...

Abre el cuaderno que te adjunto. Una traducción del persa, hecha por mí. Pon atención a la invocación primera: ¡Zoroastro, a tí!... ¡Y la tendrás!

\* \* \*

Me preparo, pues, a traspasar los linderos de ese «paraíso tenebroso». Sé que algún día, estas páginas serán arrojadas al fuego por una mano piadosa, en un ambiente expiatorio de luces y aromas devotos. Sin embargo, alguien sabrá llegar hasta el fondo del atroz misterio.

Día 7 de Marzo, Santo Tomás de Aquino, Patrón de las Escuelas Católicas. Así reza nuestro calendario, con un laconismo que ofrece copiosa cantera al comentarista.

El Ministro de Educación Nacional ha inaugurado su labor legislativa declarando festivo este día de Santo Tomás en todos los establecimientos docentes. Y en el preámbulo de la disposición, se llama a Santo Tomás portento de sabiduría y modelo de Santrdad... que mereció el apelativo de Angel de las Escuelas y la gloria eterna de la creación de un sistema, justamente denominado después «Perenne Filosofía».

Hacia muchos años que no se empleaba este lenguaje en la *Gaceta*. Ya iba siendo razón de hablar a los españoles en el lenguaje oficial a que tenemos derecho.

¿Qué debe España a Santo Tomás de Aquino? Su grandeza universitaria en el siglo de oro. Nada más.

Hoy que estamos desbrozando las rutas imperiales de España de la hojarasca y grava forasteras para restituírnos

## Orientaciones Católicas: SANTO TOMAS DE AQUINO ●

a ellas y jamás abandonarlas, hay que volver a la Universidad imperial, en la que Tomás de Aquino dejó por sus discípulos una huella tan honda y tan gloriosa, que aún no ha sido superada, ni dentro ni fuera de España.

Los mejores días de Salamanca, Alcalá, Coímbra y Evora fueron aquellos en que alumnos y catedráticos trabajaban a la luz del Sol de Aquino.

Hay un período en la vida de España en que los intelectuales piensan, investigan y hablan al compás de los principios tomistas. Es un período de tres siglos, el quince, el dieciseis y el diecisiete. Hay un siglo en la vida universitaria española, el dieciseis, en que se ha rayado más alto que nunca en el pensar y en el decir. «Hasta aquí llegaron las aguas», suele decir una inscripción junto a una raya trazada bajo los ojos de los puentes que cruzan nuestros caudalosos ríos, para perpetuar el recuerdo de una gran inundación. Arriba, en lo más alto de las aulas salmantinas y complutenses, junto al artesonado, pudiéramos haber escrito con fecha del siglo XVI. «Hasta aquí llegaron las aguas de la Sabiduría». Después, tres siglos y medio de refluo, de vergonzosa resaca, a la que presurosamente intenta poner término la España que está naciendo entre sangre y dolores.

El Tomismo, en efecto, era en la España del siglo XVI el fenómeno universal entre los pensadores, sin distinción de órdenes religiosos ni tendencias seculares. Tomistas eran los agustinos Guevara y Luis de León, los mercedarios Zumel y Oña, el jesuita Suárez en lo fundamental, el seglar Juan Gil de Nava.

¡Doradas piedras de la Universidad de Salamanca, que en pleno siglo XX destiláis el jugo sagrado del Tomismo, luminoso barniz que os presta la pátina secular de vuestra grandeza!... Vosotras con mudo lenguaje nos habláis de aquellos tomistas de primera fila, de Francisco Vitoria, padre del Derecho Internacional, consejero de Reyes y Príncipes por medio de sus inmortales *relecciones*, formidable catedrático de Prima con que subió a la cátedra la *Suma Teológica*, como como libro de texto, desbancando al tradicional Maestro de las *Sentencias*; restaurador felicísimo de la Filosofía de Santo Tomás en su choque con el Renacimiento...

Vosotras nos recordáis a Domingo Soto, el autor del tratado *Justitia et Jure* que le consagra como príncipe de aquella escuela del siglo XVI aún no superada, el catedrático de Vísperas buscado con avidéz por los escolares, el teólogo imperial en el Concilio de Trento, enviado allá por Carlos V, juntamente con otra gran figura tomista salmantina, Melchor Cano, el hombre más sabio de su tiempo, como dijo su discípulo Fr. Luis de León, en su oración fúnebre. Soto y Vitoria son las dos columnas de la grandeza universitaria salmantina, sobre las que puede escribirse la leyenda *Non plus ultra*, sin temor a que sea borrada. Eran dos sabios tomistas.

Vosotras renováis el recuerdo de los catedráticos salmantinos Melchor Cano, creador de los *Lugares Teológicos* de Bñez, fundador de la teoría de la predeterminación física, de Medina, que echó los fundamentos doctrinales del probabilismo, de Maluenda, que influyó sobre el Cardenal Baronio en la redacción de sus *Anales*, de Mancio de Corpus Christi, de Diego Alvarez... ¡Qué vergüenza para la Universidad del siglo XIX y lo que va del XX, la de compararse con la del siglo XVI!... Entonces se reunían 5.000 estudiantes en la Universidad de Salamanca, y era preciso ampliar la cátedra de Domingo Soto, porque más de cien oyentes se quedaban de pie, apiñados en apretados racimos para no perder sus explicaciones. No era menester enviar estudiantes pensionados al extranjero. Ese vilipendio estaba reservado a la Institución Libre de Enseñanza, dando con ello una indiscutible prueba de la pobreza mental o imprevención de su profesorado. Eran los extranjeros los que venían a aprender a nuestras aulas.

Entonces, no íbamos mendigando por Europa profesores que nos enseñasen. Eramos nosotros los que enviábamos profesores a las principales Universidades europeas. El agustino Villavicencio reforma la Universidad de Lovaina y Pedro Soto, hermano de Domingo, las de Oxford y Dillingen, los hermanos Antonio y Luis Nuño Coronel eran catedráticos de la Sorbona, y Ledesma sale de Salamanca requerido por D. Juan III de Portugal, para fundar la Universidad de Coímbra.

Esa es la España Imperial, hacia la cual tendemos con nobilísimo afán. En la primorosa fachada plateresca de la Universidad de Salamanca, junto a los medallones de los Reyes Católicos campean el yugo y las flechas, sirviendo de escudo a la Filosofía de Santo Tomás que campeaba dentro, en las aulas.

Al cabo de casi cuatro siglos, vuelven a juntarse los emblemas, trazando un programa universitario en el escudo del SEU. El cisne nos impulsa hacia la Universidad Imperial, el escudo cuartelado de Cisneros nos empuja hacia la

## Teodoro Molina Escribano

Universidad de Alcalá, edificada desde su primer día sobre el Tomismo, por voluntad de su fundador. El yugo y las flechas nos llevan a Salamanca, sellada al exterior con el sello de los Reyes Católicos, saturada al interior por la Filosofía de Santo Tomás.

El yugo y las flechas son inseparables de la grandeza.

El yugo y las flechas son inseparables de Tomás de Aquino, de su Perenne Filosofía.

Hé aquí lo que España debe al Angel de las Escuelas.

# Sentido heroico y misionero de la mujer de España

por  
Luis de BARJA

En el tono épico de esta Gloriosa Cruzada Nacional contra la incultura y la anarquía de las ideas negativas, hay un doble rayo luminoso que nos dice, con claridades de sol, el vivo ejemplo dado en esta hora de Patria por las mujeres nuestras: heroísmo y misión. Doble sentido, enlazado a la unidad de la tarea, por obra y gracia de las manos femeninas y del recio espíritu amoroso de sus almas.

La obra—espléndida, única, ejemplar—de las enfermeras en la vanguardia de todos los hospitales de sangre, canta, muy alto, el fervor con que se han dado, en hermandad y servicio con la muerte y la gloria, a la empresa diaria de poner en cada herida, sobre cada brazo abierto en flor por la conquista de un palmo de la tierra propia, sobre cada una de las inquietudes sentimentales que siguen, en remanso de lecho, al tiempo de la gravedad: la madre, la nostalgia lejana y azul del paisaje del pueblo, el calor del viejo hogar sencillo y humilde, con su poco de humo en el invierno, la novia, segadora en el trigo de Julio, el bálsamo de una palabra hermana, la unción de un consuelo fraterno. Esta es la obra gigantesca de las mujeres nacionales, bajo el primer rayo de luz de su amplio sentido de ahora: heroísmo, diario, limpio, aseado, oloroso de venda y de gasa, tenso de quietud y de meditación.

Un heroísmo llevado a veces, muchas de las veces, al campo mismo de batalla: ¿quién no recuerda, mujeres españolas, enfermeras de todos los hospitales nuestros, el gesto de aquella camarada vuestra que después de cerrar para siempre los párpados al viejo amigo, muerto por España, cayó en plena lozanía de su obra sagrada, en la última aldea de un frente nacional?...

¡Y son tantos los casos que yo he visto en mi peregrinación cerca de ellas, en mi júbilo de los grandes días solemnes y conmemorativos!

He aquí vuestro significado: lucha esforzada frente al dolor, palabra de alivio y bálsamo en todas las heridas, las físicas y aquellas otras más hondas que se abrieron en el alma, bajo el dolor inacabable.

Último afecto en el caído, eterna sonrisa de laurel sobre el bronce del héroe, ofrecida con generosidad de elegidas del Señor, para esta enorme tarea de ayudar a la guardia que montan los hombres bajo el claror de las estrellas del Imperio, con santidad de vigilia inefable.

\* \* \*

Y todos los días—en tarea interior, no todo lo conocida que debiera ser ni difundida aún con la amplitud que exige y merece para ejemplo y norma de todos—en esa otra manifestación de patriotismo, de fe, de religiosidad, con que las mujeres españolas ponen en alto su nombre y su designio: Auxilio Social, con el ejemplo de todas esas camaradas, primeras en el sacrificio, últimas en el descanso: Mercedes Sanz Bachiller, Pilar Primo de Rivera, María Rosa Urraca Pastor, Mercedes Werner, que marcan, a un tiempo, el molde y el estilo de todas las energías empleadas en el servicio de una obra nacional y social, en la que son asistidos los niños de la Patria, cara al futuro, con asistencia de cuerpo y formación templada del espíritu.

Segundo rayo de luz, en claridades de tareas eternas: sentido misionero, sentido evangélico: amplio sentido eterno de la obra mil veces bendita de todos los españoles sanos de corazón y de ejemplo.

\* \* \*

Porque antes no cumplían misión alguna en la vida, por el egoísmo de todos aquellos que no supieron entenderlas, y sí mirarlas sólo como exorno del paisaje general de las cosas. Cruzaban ellas las manos—blancas y doradas al tibio calor de la rueca—bajo el buen sol de la tarde pequeñita y silenciosa, y se les iba el tiempo, por encima de las cosas, con vaguedad de anhelos infinitos, en abstracta contemplación de paisajes entrevistos, a un temblor de sollozo, con la mirada quieta—en santidad de calma—y en éxtasis.

Y ahora no. José Antonio les dió su tarea, su unidad de destino igual que a todos, igual que a España en el corazón del mundo. Y ellas ahora, mujeres de la España gloriosa, cruzaron los caminos de peligro, sintieron el silbido de las balas peores, el frío de todas las noches de guardia, la alegría triunfal de las banderas emocionadas, y abrieron en sazón, la flor de sus esperanzas de servir, en una Causa excelsa, a Dios, y a la tierra de su natalicio.

Y este propio espíritu: labor heroica, callada, humilde, como la sencillez del humo de la aldea, como la sencillez de la mano que ampara en el silencio, debe infundir, cada una de ellas—en el nombre de Dios lo están haciendo ya!—en cada uno de los hijos futuros.

Para que como un arco de luz—pleno, glorioso, celestial—florezca y aliente en el destino común de la Patria, el calor de las santas manos enfermeras, que velan hoy, emocionadas y tibias, la heroica inquietud de los soldados de España.

## NUESTROS COLABORADORES

### JULIO ESTEFANÍA

Alto Poeta. Espíritu vivo y sosegado: dado a la voluntad de España, por el verbo y la gracia de su pluma, limpia, exacta, vibrante, como el salto de una fuente en Santa Cruz, como el silbo del viento en la noche calmada. Julio Estefanía, poeta de Sevilla, camarada en la misma inquietud de servir a Dios, para honor de España, mientras nos dure la vida. Viene a "CAUCES": alegremente, con el más hondo poema nacional-sindicalista de su lira: de una lira, ungida del fervor angélico de nuestra Cruzada.

Norte de la Prensa sevillana, en la Asociación de los hombres que, cada día, afanosamente, ganan para España, una batalla de paz y de cultura.

"CAUCES" se ofrece a su verso, con sus banderas de júbilo alzadas en el aire.



*A Francisco Montero Galvache, Director  
de "Cauces", cordialmente*

*Sevilla 8/3/38 Año Tricentenario Julio Estefanía*

# EL OTOÑO DEL POETA

Novela corta por PEDRO MONTERO GALVACHE

(CONTINUACION)

Presa de no sabía qué horrible sospecha, corrió hacia el sendero y en medio de él adivinó las siluetas de Nolo y Benalgar; y como un viento de tormenta, llegó a sus oídos la voz del mozo: —Le espiaba, señor marqués. No piense que este encuentro ha sido casual; hace días que esperaba este momento. Sabía que tendría que llegar como una cosa fatal, inexorable.

Pasada la violencia del primer instante, hablaba en un tono reposado, tranquilo, cargado de una sangrienta y socarrona ironía. A Benalgar le aterraba aquella calma de muerte.

—A Vd. le gusta mari-Sol. ¡Vamos! No se asuste. No soy ningún lince, ni tengo el talento del señor, pero tampoco soy tan ciego... tan estúpido...

Javier le interrumpió, anonadado, al pensar en el desastre que amenazaba acabar con la dicha de la hermosa aldeana:

—No digas locuras, Nolo. Aunque tu novia me gustara, yo sabría hacer honor a mis deberes de caballero, a mi hidalguía de hombre de bien. Te juro, que aunque estuviese enamorado de ella, la respetaría como ella y tú os merecéis.

Una risa bárbara y sarcástica, turbó la dulce quietud de la noche; y como un trallazo infamante, azotaron el alma del marqués, estas frases sangrientas:

—¿Para qué quiero yo su palabra, señor marqués? ¡La palabra de honor de un hombre como usted, harto de correrías escandalosas, de orgías criminales, que profana el palacio donde nacieron y murieron todos sus abuelos, dando albergue en él a la primera golfa elegante que viene a buscarle!

Javier se estremeció, como si le sacudiera el cuerpo y el espíritu un frío de calentura. Sintió que la sangre le subía a la cabeza, que un nudo falaz le apretaba la garganta. Ahogándose, gritó al campesino:

—¡Bestia!

Y lleno de aquella fiera altivez heredera de sus antepasados, los grandes señores feudales, cuando ordenaban a sus criados, apalea a los pecheros que tenían la osadía de alzarse hasta ellos, levantó la fusta que llevaba en la mano, y la hizo restallar sobre el rostro de Nolo...

Fué un segundo, nada más que un segundo... Uno de esos segundos en los que el Destino se complace en jugar con el porvenir de sus criaturas como un niño travieso, burlón y caprichoso.

Con la rara sagacidad de las mujeres enamoradas, Mari-Sol, abarcó toda la trágica grandeza de aquel momento solemne. Avanzó unos pasos, y con una energía varonil, insólita en la femenil fragilidad de su cuerpo, se abrazó a Nolo... Lucharon con ciega desesperación, él por desasirse de aquella cadena de carne, perfumada y tibia, que le ceñía el cuello; ella, por sujetarle más, hasta hacerle imposible todo movimiento...

Olía la tierra a esa mescolanza, sensual y amable, de polen, de humedad, de frutos tardíos, que aroman las madrugadas otoñales.

En una huerta lejana, sonó, largo, lastimero, el aullido de un can, y en el pueblo, dormido en un sueño medioeval, la campana de un pobre y viejísimo convento de Clarisas, dejó oír el toque augusto de Maitines.

Javier miró a los novios, engarzados en aquella lucha rabiosa, desigual; y con una sonrisa, mitad de desprecio, mitad de lástima, se alejó en silencio.

X X I

Como un reguero de luz, la nueva se extendió por toda la comarca. En alas de la murmuración, del escándalo, de la envidia, subió a las cumbres de la sierra, allí donde los pastores vivían a solas con las nieves eternas, los rebaños y los hayedos; bajó a las hondonadas, llegó a los poblados aledaños, y todos, señores y aldeanos, ricos y mendigos, supieron hasta los más insignificantes pormenores de la bárbara escena:

—¿No sabes...? Pero hija, si ya es un secreto a voces... Mari-Sol, la hija de los guardeses del Palacio...

Se agrupaban las comadres, y en el apretado cerco, se hablaba de Benalgar, y de la suerte de la campesina al enamorarle «tan de súbito», y de la locura de Nolo, y de la venganza, espantosa, terrible, que el marqués no tardaría en tomarse por su cuenta y riesgo.

Los lugareños recordaban con horror, retazos perdidos de cuentos medievales que resucitaban leyendas macabras... Un reyezuelo feudal, encaprichado de un campesina; un pechero, infeliz y tozudo, oponiéndose a aquella pasión, y como secuela inevitable, el torreón castellano, colgado de sangre y crespones de luto, y coronado por el cuerpo livido del plebeyo. Y ensombreciendo aún más, la atmósfera que envolvía al poeta, los comentarios a su conducta con Angelita.

—Ayer los ví, bañándose en el lago de la Heredad de Lis... «Na» más que con un taparrabos, tal y como si fueran diablos.

Y la mujeruca, avergonzada, balbucía el relato de la última locura sorprendida a los artistas...

Todos los días, a mediana mañana, se bañaban en el lago que había a espaldas del palacio, como una esmeralda escondida entre frondas milenarias. Jugaban con los cisnes, se perseguían entre los macizos de lotos, se lanzaban al agua desde lo alto de las isletas que surgían como ramos gigantes de flores, sobre la superficie oscura, y cuando el cansancio les rendía, descansaban, tendidos en los albornoces, o en el césped menudo y oloroso, bajo la caricia gloriosa del Sol.

Como dos locos, se divertían, sin importarles la confusión de los aldeanos, que les espiaban de lejos.

—¡Ay Dios! —acababa la mujeruca—. En mi vida he visto pecar de esa forma. Dios va a castigarnos a todos. Fuego del cielo caerá sobre nosotros, como en aquel «ventriluco», —leace versículo— del Sagrado Evangelio.

Y se iba, tan ufana de la enormidad que había largado, enarbolando la escoba, escendidos los ojos, cansados y miopes, en una llamarada de susto.

Pepo Pepón el Dietero, espanto de los vecinos, de vientre monstruoso y triple papada fofa y grasienta, queriendo dárseles de escéptico, sonreía:

—No lo echéis tan a lo trágico, mujer, que cuando ellos lo hacen, bien hecho estará, ¡que recontra! Que «pa» eso esos señorones entienden de «tó» muchísimo más que nosotros! Y ruborizándose, a despecho de sus ínfulas volterianas, se deshacía en elogios:

—¡Huy, Madre de Deu! ¡Y qué cuerpo el de esa «gachí!» Como esas estatuas que traen las ilustraciones de los papeles que nos mandan de «Madrí». Ni una miaja menos.

D.<sup>a</sup> Úrsula, la Muñequita, una solterona solitaria, acomodada e hidalga, que llevaba cuarenta años haciendo crochét detrás del mismo visillo, de la misma ventana, de la misma casona, disculpaba a Benalgar.

—Es un gran artista. Acaso el mejor poeta del mundo, y por consiguiente—esta consecuencia, obtenida de su cosecha, con la misma serenidad con que un Santo Padre deduciría del castigo de Dios a Adán y Eva, la gravedad infinita del pecado mortal—tiene derecho a cometer esas ligerezas, y nosotros no somos quienes para criticarle. Es un gran hombre...

Suspiraba, como si recordara sueños rosados y antañones, desvanecidos en la distancia del tiempo y en el frío de los desengaños. En cambio Angelita ya no le merecía tanta indulgencia.

—Ahora que ella... ¡Ay, Señor! ¡Qué mujeres andan por el mundo! No me explico como es posible perder la vergüenza hasta ese extremo.

Una vez, Pepón, al oírla, le contestó con su habitual sorna, defendiendo a Angelita, y aun se atrevió a pronunciar la palabra envidia. Y cuentan lenguas burlonas, que la solitaria, hidalga y acomodada solterona, ante el respice del dietero se estremeció como una lagartija a quien pisaran la cola, y con el rostro cetrino y anguloso, cubierto, sucesivamente, por los siete colores del arco iris, descargó esta andanada:

—Hijo, Pepón. ¡Cómo se te endulza el hocico al hablar de la envidia! ¿La tienes de mí, porque sé quién fué mi padre, y por el nacimiento honrado de mi dinero?

El cura, endeble, menudito, todo lleno siempre de escrúpulos y timideces, frotándose las manos, gemía:

—¡Señor, Señor! ¿Qué va a ser de estas pobres gentes? Treinta años acosando a los adúlteros y a los usureros, persiguiendo la prensa liberal hasta en sus últimos escondites, evitando toda suerte de innovaciones peligrosas... y ahora a la vejez, el dolor de ver mi viña destrozada por el escándalo... ¡El escándalo, el pecado nefando, para el que Tú tienes, en tu Evangelio, tus más tremendas maldiciones...!

(CONTINUARÁ)

# CINE

## PRIMEROS PLANOS

un Cine Español.

Por A. SANTOS

En lucha la vida cinematográfica con los años 1930 al 1936, en los que las múltiples facetas sociales alteraban la vida del país, poco hicieron los llamados a ello, en favor del cine, para darle la debida amplitud artística. La evolución de este arte, de silente a parlante, debía haber seguido su curso, favoreciéndosele desde todos los medios posibles: económico, artístico, social, literario; pero cuantos esfuerzos dignos y generosos se intentaron, tropezaron con el escollo del espíritu comercial y negativo que todo lo anegaba. Y la escasa cantidad de producciones cinematográficas unida a la poca valía de sus argumentos literarios—carentes en absoluto de orientación formativa y educadora—, dieron como resultado la paralización esperada e inevitable de los buenos elementos que, personalmente, pudieran haber sido un factor decisivo en la marcha de nuestro arte.

El poco o nulo interés de los productores desaprensivos, que hicieron cintas sin emoción artística ninguna, sin calidad y sin valores cotizables, que nos dignificaran ante los públicos extraños, agravó aún más el problema hasta el punto de que el concepto de nuestros giros, costumbres, psicología general y de cada región, sufrió a la vista de los espectadores, una caída vertical, que ocasionó la carencia absoluta de sentido artístico en todas las manifestaciones de nuestra Patria y de nuestra vida: paisaje, bailes populares, cánticos, historia, y en síntesis, cuantos aspectos, enlazados con el buen tono de una limpia y honrada concepción escénica, muestran al mundo, el alma y la emoción de un pueblo, de una tierra, de una cultura.

Por el abandono de unos y la falta de preparación técnica de otros, los tres primeros años de la nueva era cinematográfica pudieron tener justificación; pero a partir de aquella fecha la variación se esperaba, las ilusiones iban en aumento, pero sin camino de realidad; y nuestros técnicos sometidos a los egoismos económicos de siempre, fueron alejándose del verdadero sentido del cine nacional.

Se hizo un cine de masas, fácil y asequible a las bajas concepciones populares de los problemas, con desentonada presentación de lugares, de tipos y de cosas. Se hizo un cine, sólo para que, en un tiempo mínimo, devolviese, aumentado, el importe de los gastos: pero sin miras más altas, más generosas, más dignas. Sin miras, limpias y españolas, en continua explotación de los instintos.

De esta forma pudimos contar, en varias temporadas, con unas 25 productoras y con una cifra de cintas producidas, que no pasaba de 30. Parece increíble, pero tal cosa aún en 1935 sucedía y las casas comerciales seguían lanzando al mercado, dos películas, y punto aparte.

Ultimamente, «Cifesa», primera productora de tono serio y verdadero, producía sus 15 cintas anuales, clasificando en sus programas lo más selecto de la cosecha. De «Cifesa» son nuestros primeros orgullos, en que parecía despuntar, al fin, el alba: «La Hermana San Sulpicio», «Agua en el suelo», «El Cura de aldea», «Nobleza Baturra», «La Verbena de la Paloma», «Morena Clara», «Rumbo al Cairo», etc., y «El Genio Alegre» y «La Reina Mora», últimos estrenos que tenía anunciado al iniciarse nuestra Gloriosa Cruzada Nacional. Actualmente dedica su actividad mejor, a la realización de reportajes en los que se recogen ávidos episodios de la guerra.

Realmente, el Cine español carecía de organización y estructura. Le faltaba el verdadero ambiente de España, la armonía exacta y limpia de nuestros suelos. Con tendencia a lo heroico de cada una de nuestras gestas. La verdadera cinta expresiva de Castilla, de Andalucía, de Extremadura, de Levante y de Galicia, con la reciedumbre de Navarra la fuerte, y que fuese, hermanada en la expresión limpia y real, prueba de nuestra unidad espiritual y de nuestro destino, ya despierto para siempre, en los caminos de la Historia y de la vida.

Y sobre todos los aspectos, éste: grandeza de nuestro sentir, exposición de «primeros planos españoles».

Hacia este cine—que saldrá de la nueva generación y bajo la tutela del Estado Nacional sindicalista—irán encaminados desde ahora todos nuestros afanes, porque así tendrá España—junto al teatro de ánimas porque abogaba recientemente José María Pemán—un cine verdadero y exacto, amplio y fecundo, lleno de sabor de gesta y de romance épico, con suave tonalidad de campos castellanos, con blancura de sol latino, una cinematografía propia, personal, unida, digna de sus nuevos «cauces» de hoy.



Una escena de «La Reina Mora»

(De «Cifesa»)

# bibliografía

## reaparición de "isla", la gran revista hermana.

Hemos vivido una de las máximas alegrías de nuestro espíritu. «ISLA», la gran revista de Perico Pérez Clotet, ha vuelto al sol de la gran tarea lírica, llena de un alto espíritu misionero. Y vuelve como un arco de luz, como un abanico de sol en el frío de las viejas soledades del cuerpo. Premuras de tiempo, tareas alejadas de esta fervorosa hermandad de nuestras vidas, agobio de espacio, hacen que hoy sólo podamos ceñir nuestro grito de hosanna, en esta cintura de una nota bibliográfica. Pero en el próximo número, abriremos del todo nuestro tiempo libre, para que llegue a la rica y luminosa vegetación de esta «ISLA» bellísima y mansa, nuestro verso y nuestro aplauso. Hacía falta, y ha venido otra vez, en la tierra jerezana, clara y azul, blanca y noble.

«ISLA» y «CAUCES»—como ha dicho Juan Barrionuevo en nuestro colega «AYER»—se encuentran ahora, en una común y espléndida labor literaria que hace de Jerez de la Frontera, centro y afán de la Poesía actual de España. Camarada Pedro Pérez Clotet, camaradas que ofrecéis en esta nueva—y eterna—«ISLA» de poesía lo mejor de vuestras almas, al mundo: ahí vá, como una vena de sol, el júbilo de un abrazo y la sangre de una santa y amplia alegría de vivir para Dios y para España. en esta «unidad de los hombres y las tierras» que afanaba el Ausente; alto poeta, en su peregrinar por los campos sin bautismo.

¡Arriba la pureza de esta idéntica labor de espíritu!

¡Arriba, donde la luz se ofrece, nuestro abrazo y nuestra Fe!

Y que Dios bendiga la calma trabajosa de este hallazgo nuevo, pleno, celeste, de «CAUCES» en «ISLA» y de «ISLA» en «CAUCES», por la Poesía de España, camarada Pedro Pérez Clotet.

## "ternura"

Poemas en prosa y verso.—Jorge Armando Molina.—Editorial Claridad.—Buenos Aires.—1957.

Nos llega este libro como un alto y luminoso mensaje de paz, que, a través de la distancia azul del Atlántico, nos hablase de la aproximación espiritual de nuestros pueblos de igual lenguaje e idénticos empeños de misión.

Hoy se siente ya, vivamente, con hondura de aire en retama, el aliento y la brisa de la costa de España: orilla latina para los pueblos que nacieran del impulso gigante de nuestra raza, madre de naciones, evangelizadora de mundos, siempre en cruz, tendidos sus brazos a Oriente y Occidente, para elevarse más y mejor hacia la altura de los grandes destinos universales, y heroicos.

Y un latido de esta intensa vibración espiritual, es el libro «Ternura» que nos llega, apretado y lento, dejándonos en los ojos y en las manos, una doración de buen sol henchido de gracia racial. Y en la página primera, Jorge Armando Molina nos brinda el pórtico de unas palabras de envío, hermanadas al sol y a lo lejano.

Todo el poema, tiene una sonoridad musical logradísima y una suavidad métrica, que lo hacen amable y limpio al deseo de leerlo. Por que no existe en él torcimiento alguno ni juego peligroso en la metáfora, sino que brota el verso—y la idea—claro y reidor, como una pulsación de agua limpia en arroyo.

Se abre su lectura con cuatro delicadas y emotivas narraciones en prosa, de alto pensamiento y jugosa forma literaria, de manera especial, la titulada «Periodista». Y ya seguidamente, se entra de lleno, a la sombra celeste de los primeros versos, en el fino encaje del libro. Porque, aunque atendiendo sólo al fondo temático de la obra, cada poema es un círculo de sol en cuyo centro vibra la emoción de un espíritu poético, sencillo y puro—el poeta Jorge Armando Molina—, todos, en cuanto se refiere a la finura y corte de su inspiración, tienen una perfecta unidad dorada, que nos obliga a cerrar el libro, entre verso y verso, para verlos vivir fuera de los ojos, en la ternura del paisaje nuestro o del camino, bajo el redondo silencio en que la vida se queda a solas.

Esta gratísima impresión nos ha causado la lectura del libro de Jorge Armando Molina, buen poeta argentino, que un día sintiera la atracción, de la tierra nuestra—¡bendita tierra de predicación y de alegría para todos!—y nos mandó, con un abrazo de amables palabras, este saludo: «TERNURA», haz de poemas en prosa y en verso, más apretado y tupido en la última parte, hondo siempre y musical a lo largo de todos sus versos.

Tal vez las mejores estrofas, las de mayor empeño lírico, de más valor espiritual y de más profunda concepción religiosa, sean las del poema «Santidad», que se inicia, bajo el peso de un sol absoluto, en pleno camino de Cristo:

«Fatigado, sudoroso y sediento,  
marchaba Jesús por un largo camino polvoriento».

y llega a su plenitud, álgida y clara, en

«Su pan era de todos, de todos su simiente»,  
para llegar, manso y dulce, como una onda de agua de Mayo, a su final casto y limpio.

\* \* \*

«TERNURA», de Jorge Armando Molina, posee el atractivo poderoso de su significado: un abrazo más en este júbilo latino de la raza, que se encuentra, al filo de su costa, como después del temporal se encuentran los restos de la barca perdida sobre la arena húmeda, a sí misma, en este intercambio de sus almas y de sus tareas.

Para Jorge Armando Molina, buen poeta, luminoso y sencillo poeta argentino, un saludo brazo en alto, por Castilla, por la Cruz, por nuestro Caudillo glorioso, desde nuestra atalaya azul y marinera, y las gracias mejores.

**CAUCES**

**Queipo de Llano, 38**

**Jerez de la Frontera**

EXCLUSIVA DE PUBLICIDAD Y SUSCRIPCIONES  
PARA ESPAÑA Y EXTRANJERO

**Anuncios "KIKI": Cádiz**

**Apartado 140 : Teléfono 2590 : Plaza de la Catedral, 11**

## CASA TRUJILLO

La casa más popular en  
tejidos / Altas novedades  
en artículos para señora

TELÉFONO, 30  
TARIFA (CADIZ)

## Panadería Jerezana

ELABORACION ESMERADA

♦ PROPIETARIO ♦

Manuel Pérez Llamas

Calle Arcos, 26 - Jerez de la Frontera

## Drogueria PUERTO

La mejor surtida ♦  
Precios económicos

Evora, 8 \* Jerez de la Frontera

## R. Orbaneja

VINOS

— Y —

COÑAC

JEREZ

## Empresa Jerez-Ronda

Servicios diarios de viajeros entre JEREZ  
RONDA / OLVERA / MEDINA / PATERNA y  
pueblos intermedios

Oficina y Cochera: Calle Don Juan, núm. 5 - Teléfono, núm. 1753

## CAFÉ TRUJILLO

SITUADO EN LA CALZADA

Or Tarifa (Cádiz) Or

## ANIS DEL RACIMO

## J. BOCUÑANO

SASTRERIA

San Francisco, 30 - CADIZ

# Saldaespino

ESPECIALIDAD  
Gran Amontillado

*Inocente*

VINOS Y COÑACS

JEREZ

## "La Divina Pastora"

” Fábrica de Pastas para Sopas

♦♦ LUIS ARROYO CRESPO ♦♦

Sagasta, 108 - CADIZ - Teléfono 1306

Anuncios "KIKI" - Teléfono núm. 2590 - Cádiz

# "TIP" = "TOP"

El Whiskey Nacional

**Hotel Victoria**

El mejor situado.

Excelente cocina.

Precios moderados.

GENERAL FRANCO, NÚM. 1 (Plaza del Arenal)

Teléfono, 1852

JEREZ DE LA FRONTERA

Todas las habitaciones son exteriores, con agua corriente y teléfono.

## COÑAC PEMARTIN

JEREZ

**La Fundadora**

DE

Fernando Pichaco Clavijo

ESTABLECIMIENTO  
DE COMESTIBLES

Canalejas, 2 y Sánchez Mira, 1

JEREZ DE LA FRONTERA

**Casa Santes**

Calzados de todas clases,  
Sombreros, Gorras,  
Mercería y Paquetería.

Antes de hacer sus compras  
visite esta casa.

**GRANDES REGALOS**

Honda, 8. JEREZ

**"La Fuente"**

**COMESTIBLES**

Plaza de Santiago, 7

JEREZ DE LA FRONTERA

**CASA MINERVA**

Tejidos y  
Confecciones

Honda, 4. JEREZ

### SECCION DE ANUNCIOS BREVES

Ultramarinos Finos

LEVEQUE.—Calles Larga y Palacios.

Teléfono, 228. Puerto Santa María.

**E. RIVELOTT**

Tapones CORONA.

Precintaje en general.

General Sánchez Mira, 25. JEREZ

**LUIS GALLARDO**

Fundición de Hierro y Metales.

Fábrica de Maquinarias.

Ferrocarril, 12. JEREZ

Para Comestibles de calidad,

**ABACERÍA N.º 8**

Cardenal Herrero, 16.

JEREZ

**HOTEL DEL CRISTO**

Higuera, 20. — Teléfono, 1121.

JEREZ

**EL NUEVO JEREZANO**

Moderna Freiduría de Pescados.

Calle Arcos, n.º 5.—Teléfono, 2186.—Jerez.

**EL GALLO**

ACEITE Y CERALES

General Queipo de Llano, 1. JEREZ

**CERVECERÍA ESPAÑA**

Café, Vinos y Licores.—Exquisitas tapas.

Calle Cerrón (frente a Correos).

JEREZ

**L. LOPEZ BORRERO**

Fábrica de Mosaicos Hidráulicos.

Azulejos y Cementos.

JEREZ

Anuncios "KIKI" - Apartado núm. 140 - Cádiz

Ayuntamiento de Madrid

CRÓNICA DE GUERRA / (INÉDITA PARA «CAUCES»)

José M.<sup>a</sup> Pemán

DIÁLOGO DE LOS NOVIOS CENTINELAS

Francisco Montero Galvache

EXTAXIS / CUENTO

Francisco Gómez de Travedo

«CAUCES» EN LA RECONQUISTA DE ESPAÑA:

CASPE, LA CIUDAD DE LOS CINCO SITIOS Y DEL COMPROMISO

José de las Cuevas

CONTINÚA LA NOVELA «EL OTOÑO DEL POETA»

Pedro Montero Galvache

LOS POETAS DE «CAUCES» / ROMERO MURUBE, RUIZ PEÑA, MARTÍNEZ DEL CERRO...

ARTÍCULOS DOCTRINALES • CRÓNICAS • REPORTAJES

DE PÉREZ CLOTET, CUEVAS, LUIS DE BARJA Y ALEJANDRO ECHAIDE.

*Fotos de actualidades nacionales y extranjeras • Fotos de arte, por Cecilio Paniagua*

*Ilustraciones de Luis Jiménez, y Oneto • Portada de Montalde*

